

BIBLIOTECA DE
ECONOMIA

**ENSAYOS DE
PERSUASIÓN
II**

John Maynard Keynes

una potencia en el mundo exterior, no será como consecuencia del dinero de Zinovieff. Rusia nunca nos importará seriamente a todos nosotros, a menos que sea como una fuerza moral. Así, como que ahora los hechos ya no admiten vuelta atrás, me gustaría darle a Rusia su oportunidad, ayudarla y no ponerle dificultades. Porque, después de considerarlo todo, si yo fuera ruso, ¡cuánto más contribuiría con una parte de mi actividad a la Rusia soviética que a la Rusia zarista! No podría comulgar con la nueva fe oficial más que con la vieja. Detestaría las acciones de los nuevos tiranos no menos que las de los viejos. Pero sentiría que mi mirada se dirigía hacia la posibilidad de hacer cosas, en lugar de apartarse de ella; que de la crueldad y estupidez de la vieja Rusia no podía surgir nada, pero que bajo la crueldad y estupidez de la nueva Rusia puede estar oculta alguna porción del ideal.

2. EL FIN DEL «LAISSEZ-FAIRE» (1926)

Este ensayo, que fue publicado como opúsculo por Hogarth Press en julio de 1926, se basó en la conferencia Sidney Ball, pronunciada por Keynes en Oxford, en noviembre de 1924, y en una conferencia dictada por él en la Universidad de Berlín en junio de 1926. Los capítulos IV y V se utilizaron en *Ensayos de Persuasión*.

§ I

La actitud hacia los asuntos públicos, que de modo adecuado resumimos en las expresiones individualismo y *laissez-faire*, se alimentó de muchas y diversas corrientes de pensamiento e impulsos sentimentales. Durante más de cien años nuestros filósofos nos gobernaron porque, por un milagro, casi todos ellos estuvieron de acuerdo o parecieron estarlo en esta única cosa. Todavía ahora no bailamos con otro ritmo. Pero se percibe un cambio en el ambiente. Sin embargo, oímos confusamente las que antaño fueron las más claras y distintivas voces que siempre han inspirado al hombre político. La orquesta de diversos instrumentos, el coro de sonido armonioso, se alejan finalmente en la distancia.

Al final del siglo XVIII, el derecho divino de los reyes cedió su lugar a la libertad natural y al contrato, y el derecho divino de la iglesia al principio de tolerancia y a la opinión de que una iglesia es «una sociedad voluntaria de hombres», que caminan juntos, de una manera que es «absolutamente libre y espontánea».¹ Cincuenta años más tarde, el origen divino y el imperativo categórico del deber ce-

1. Locke, *A Letter Concerning Toleration*.

dieron su lugar al cálculo utilitario. En manos de Locke y Hume estas doctrinas fundamentaron el individualismo. El contrato supone derechos en el individuo; la nueva ética, no siendo más que un estudio científico de las consecuencias del egoísmo racional, colocó al individuo en el centro. «El único esfuerzo que pide la virtud —dice Hume— es el del cálculo justo y una constante preferencia por la mayor felicidad.»² Estas ideas estaban de acuerdo con las nociones prácticas de conservadores y letrados. Ellas proporcionaron un fundamento intelectual satisfactorio para los derechos de propiedad y la libertad del individuo para hacer lo que le plazca consigo mismo y con lo que le pertenece. Esta fue una de las contribuciones del siglo XVIII al ambiente que todavía respiramos.

La finalidad de ensalzar al individuo fue deponer al monarca y a la iglesia; el efecto —a través de la nueva significación ética atribuida al contrato— fue afianzar la propiedad y la norma. Pero no tardaron en levantarse nuevamente las protestas de la sociedad contra el individuo. Paley y Bentham aceptaron el hedonismo³ utilitarista de manos de Hume y sus predecesores, pero ampliándolo a la utilidad social. Rousseau tomó el contrato social de Locke y dedujo de él la voluntad general. En todos los casos la transición se realizó en virtud del nuevo énfasis puesto sobre la igualdad. «Locke aplica su contrato social a modificar la igualdad natural de la humanidad, en tanto esta expresión implica igualdad de propiedad o incluso de privilegio, atendiendo a la seguridad general. En la versión de Rousseau, la igualdad no es sólo el punto de partida sino la finalidad.»⁴

Paley y Bentham llegaron al mismo destino, pero por caminos diferentes. Paley evitó una conclusión egoísta a su hedonismo por medio del *Deus ex machina*. «La virtud —dijo— es hacer el bien a la humanidad, por obediencia a la voluntad de Dios, y por amor de la felicidad eterna»; volviendo de esta manera a la paridad entre yo

2. *An Inquiry Concerning the Principles of Morals*, sección LX.

3. «Omito —dice el arcediano Paley— mucha perorata corriente sobre la dignidad y capacidad de nuestra naturaleza, la superioridad del alma sobre el cuerpo, de la parte racional sobre la parte animal de nuestra constitución; sobre la excelencia, el refinamiento y la delicadeza de algunas satisfacciones, y la indignidad, grosería y sensualidad de otras; porque sostengo que los placeres no se diferencian en nada más que en la continuidad y la intensidad.» (*Principles of Moral and Political Philosophy*, libro I, cap. 6.)

4. Leslie Stephen, *English Thought in the Eighteenth Century*, II, p. 192.

y los otros. Bentham llegó al mismo resultado por la pura razón. No existe fundamento racional, argumentó, para preferir la felicidad de un individuo, aunque sea uno mismo, a la de cualquier otro. Por tanto, la mayor felicidad del mayor número es el único objeto racional de la conducta, tomando la utilidad de Hume, pero olvidando este corolario cínico del hombre sagaz: «No es contrario a la razón preferir la destrucción del mundo entero a un arañazo en mi dedo. No es contrario a la razón escoger para mí la ruina total para evitar la más pequeña incomodidad de un indio o de una persona totalmente desconocida para mí ... La razón es y sólo debe ser la esclava de las pasiones y no puede pretender nunca otra tarea que servir las y obedecerlas».

Rousseau dedujo la igualdad del estado de la naturaleza, Paley de la voluntad de Dios, Bentham de una ley matemática de indiferencia. Así entraron la igualdad y el altruismo en la filosofía política y, a través de Rousseau y Bentham conjuntamente, pasaron a la democracia y al socialismo utilitarista.

Esta es la segunda corriente —surgida de controversias muertas desde hace tiempo y arrastradas en su camino por falacias largamente explotadas— que todavía impregna nuestra atmósfera de pensamiento. Pero no ha eliminado la corriente anterior. Se ha mezclado con ella. Los primeros años del siglo XIX realizaron la milagrosa unión. Ella armonizó el individualismo conservador de Locke, Hume, Johnson y Burke con el socialismo y el igualitarismo democrático de Rousseau, Paley, Bentham y Godwin.⁵

Sin embargo, hubiera sido difícil que esa época alcanzara esta armonía de cosas opuestas si no hubiera sido por los *economistas*, que surgieron precisamente en el momento oportuno. La idea de una armonía divina entre las ventajas privadas y el bien público es ya evidente en Paley. Pero fueron los *economistas* quienes dieron a la noción una buena base científica. ¡Supone que por la acción de las leyes naturales los individuos que persiguen sus propios intereses con

5. Godwin llevó tan lejos el *laissez-faire* que pensó que *todo* gobierno era un mal, en lo que Bentham estuvo casi de acuerdo. La doctrina de la igualdad se convierte con él en una doctrina de individualismo extremo, rayano en la anarquía. «El ejercicio universal de la opinión privada —dice— es una doctrina tan inefablemente maravillosa que el verdadero político sentirá ciertamente una infinita repugnancia en admitir la idea de interferir en él.» (Véase Leslie Stephen, *op. cit.*, II, p. 277.)

conocimiento de causa, en condiciones de libertad, tienden siempre a promover al propio tiempo el interés general! Nuestras dificultades filosóficas están resueltas, al menos para el hombre práctico, que puede concentrar entonces sus esfuerzos en asegurar las condiciones necesarias de libertad. A la doctrina filosófica según la cual el gobierno no tiene derecho a interferir, y a la doctrina divina según la cual no tiene necesidad de interferir, se añade una prueba científica de que su interferencia es inconveniente. Esta es la tercera corriente de pensamiento, que se puede descubrir precisamente en Adam Smith, lista en lo principal para permitir al bien público descansar en «el esfuerzo natural de cada individuo para mejorar su propia condición», pero no desarrollada completa y conscientemente hasta principios del siglo XIX. El principio del *laissez-faire* había llegado a armonizar individualismo y socialismo, y a conciliar el egoísmo de Hume con el mayor bien para el mayor número. El filósofo político podía retirarse en favor del hombre de negocios, porque el último podía alcanzar el *summum bonum* sólo con perseguir su propio beneficio privado.

Sin embargo, se necesitaban algunos otros ingredientes para completar el pastel. En primer lugar, la corrupción e incompetencia del gobierno del siglo XVIII, una gran parte de cuya herencia sobrevivió en el XIX. El individualismo de los filósofos políticos apunta al *laissez-faire*. La armonía divina o científica (según el caso) entre el interés privado y el interés público apunta al *laissez-faire*. Pero, por encima de todo, la ineptitud de los administradores públicos inclina decididamente al hombre práctico a favor del *laissez-faire*, sentimiento que de ningún modo ha desaparecido. Casi todo lo que hizo el estado en el siglo XVIII, por encima de sus funciones mínimas fue, o pareció, perjudicial o desafortunado.

Por otra parte, el progreso material entre 1750 y 1850 vino de la mano de la iniciativa individual y no debió casi nada a la influencia directiva de la sociedad organizada como un todo. Así, la experiencia práctica reforzó los razonamientos *a priori*. Los filósofos y economistas nos dijeron que por diversas y profundas razones la empresa privada sin trabas había promovido el mayor bien para todos. ¿Qué otra cosa hubiera podido agradar más al hombre de negocios? ¿Podía un observador práctico, mirándole, negar que los beneficios del progreso que distinguían la edad en la que él vivía se debían a las actividades de los individuos «en ascenso»? De esta

manera, el terreno era fértil para una doctrina según la cual, sobre bases divinas, naturales o científicas, la acción del estado debe limitarse estrechamente y la vida económica debe dejarse, sin regular hasta donde pueda ser, a la habilidad y buen sentido de los ciudadanos individuales, movidos por el motivo admirable de intentar su progreso en el mundo.

En la época en que estaba desvaneciéndose la influencia de Paley y sus semejantes, las innovaciones de Darwin conmovían los fundamentos de la fe. Nada podía parecer más opuesto que la vieja y la nueva doctrinas, la doctrina que veía el mundo como la obra del relojero divino y la doctrina que parecía sacar todas las cosas de la casualidad, del caos y de los viejos tiempos. Pero en aquel momento las nuevas ideas apuntalaron las viejas. Los economistas estaban enseñando que la riqueza, el comercio y la maquinaria eran las criaturas de la libre competencia y que la libre competencia hizo a Londres. Pero los darwinianos pudieron ir más lejos que eso: la libre competencia había hecho al hombre. El ojo humano ya no era la demostración del proyecto, discurriendo milagrosamente todas las cosas con la mejor intención; era el logro máximo de la casualidad, actuando en condiciones de libre competencia y *laissez-faire*. El principio de supervivencia del más apto podía considerarse como una amplia generalización de la economía ricardiana. Las interferencias socialistas venían a ser, a la luz de esta síntesis más completa, no sólo inconvenientes, sino sacrílegas, como calculadas para retrasar el movimiento progresivo del vigoroso proceso por medio del cual nosotros mismos habríamos salido como Afrodita del limo primitivo del océano.

Por tanto, atribuyo la unidad peculiar de la filosofía política diaria del siglo XIX al éxito que tuvo al armonizar escuelas diversas y opuestas y al unificar todas las cosas buenas para un único fin. Se ha visto que Hume y Paley, Burke y Rousseau, Godwin y Malthus, Cobbett y Huskisson, Bentham y Coleridge, Darwin y el obispo de Oxford, todos, estuvieron predicando prácticamente lo mismo: individualismo y *laissez-faire*. Ésta era la Iglesia de Inglaterra y aquéllos sus apóstoles, mientras que el gremio de los economistas estaba allí para probar que la menor desviación hacia la impiedad provocaba la ruina financiera.

Estas razones y esta atmósfera constituyen las explicaciones, tanto si lo sabemos como si no —y la mayoría de nosotros, en estos

degenerados días, somos ampliamente ignorantes en la materia—, de por qué sentimos una preferencia tan fuerte a favor del *laissez-faire*, y por qué la acción del estado para regular el valor del dinero, o el curso de la inversión, o la población, provoca suspicacias tan apasionadas en muchos corazones íntegros. No hemos leído a estos autores; consideraríamos absurdos sus argumentos si fueran a caer en nuestras manos. Sin embargo, me parece que no pensaríamos como lo hacemos si Hobbes, Locke, Hume, Rousseau, Paley, Adam Smith, Bentham y la señorita Martineau no hubieran pensado y escrito como lo hicieron. Un estudio de la historia de la opinión es un preámbulo necesario para la emancipación de la mente. No sé lo que hace más conservador a un hombre, si conocer sólo el presente o sólo el pasado.

II

He dicho que fueron los economistas quienes proporcionaron el pretexto científico por medio del cual el hombre práctico pudo resolver la contradicción entre egoísmo y socialismo, que surgía del filosofar del siglo XVIII y de la decadencia de la religión revelada. Pero habiendo dicho esto en aras de la brevedad, me apresuro a matizarlo. Esto es lo que *se supone* que han dicho los economistas. Ninguna doctrina semejante se encuentra en los escritos de las principales autoridades. Es lo que dijeron los popularizadores y divulgadores. Es lo que fueron *llevados* a creer los utilitaristas, que admitían al mismo tiempo el egoísmo de Hume y el igualitarismo de Bentham, si querían hacer una síntesis.⁶ El lenguaje de los economistas se prestaba a la interpretación del *laissez-faire*. Pero la popularidad de la doctrina debe dejarse a la puerta de los filósofos políticos de la época, a quienes resultó corresponder, más que a los economistas políticos.

La máxima *laissez-nous faire* se atribuye tradicionalmente al comerciante Legendre, dirigiéndose a Colbert poco antes de finalizar el siglo XVII.⁷ Pero no hay duda de que el primer escritor que usó la

6. Se puede considerar con simpatía la opinión de Coleridge, tal como la resumió Leslie Stephen, según la cual «los utilitaristas destruyeron todo elemento de cohesión, hicieron de la sociedad una lucha de intereses egoístas y atentaron contra las mismas raíces de todo orden, patriotismo, poesía y religión».

7. «¿Que faut-il faire pour vous aider?», preguntó Colbert. «Nous laisser faire», respondió Legendre.

frase, y lo hizo en clara asociación con la doctrina, fue el marqués de Argenson, hacia 1751.⁸ El marqués fue el primer hombre que se apasionó por las ventajas económicas de los gobiernos que dejan en libertad al comercio. Para gobernar mejor, dijo, se debe gobernar menos.⁹ La verdadera causa de la decadencia de nuestras manufacturas, declaró, es la protección que les hemos dado.¹⁰ «Laissez faire, telle devrait être la devise de toute puissance publique, depuis que le monde est civilisé ... Detestable principe que celui de ne vouloir grandeur que par l'abaissement de nos voisins! Il n'y a que la méchanceté et la malignité du coeur de satisfaites dans ce principe, et l'intérêt y est opposé. Laissez faire, morbleu! Laissez faire!!»¹¹

Aquí tenemos completamente arrojada la doctrina económica del *laissez-faire*, con su más ferviente expresión en el libre comercio. Las frases y la idea deben haber sido corrientes en París desde entonces. Pero tardaron en consagrarse en la literatura; y la tradición que las asocia con los fisiócratas, y particularmente con Gournay y Quesnay, encuentra poco apoyo en los escritos de esta escuela, aunque ellos propusieron, por supuesto, la armonía esencial de los intereses sociales e individuales. La frase *laissez-faire* no se encuentra en las obras de Adam Smith, Ricardo o Malthus. Ni siquiera la idea está presente en forma dogmática en algunos de estos autores. Adam Smith, por supuesto, fue un librecambista y se opuso a muchas restricciones del comercio del siglo XVIII. Pero su actitud hacia las leyes de navegación y las de usura demuestra que no era dogmático. Incluso su famoso pasaje sobre «la mano invisible» refleja la filosofía que asociamos con

8. Para la historia de la frase, véase Oncken, «Die Maxime Laissez faire et laissez passer», de donde están tomadas muchas de las citas que siguen. Las quejas del marqués de Argenson pasaron inadvertidas hasta que Oncken las puso de manifiesto, en parte porque los pasajes relevantes publicados durante su vida eran anónimos (*Journal Economique*, 1751), y en parte porque sus obras no fueron publicadas de forma completa (aunque es probable que pasaran privadamente de mano en mano durante su vida) hasta 1858 (*Mémoires et Journal inédit du Marquis d'Argenson*).

9. «Pour gouverner mieux, il faudrait gouverner moins.»

10. «On ne peut dire autant de nos fabriques: la vraie cause de leur déclin, c'est la protection outrée qu'on leur accorde.»

11. «Dejad hacer, tal debiera ser la divisa de todo poder público, desde que el mundo es civilizado ... ¡Detestable principio el de no querer grandeza más que por la decadencia de nuestros vecinos! No hay más que ruindad y malicia de corazón en los que se satisfacen con este principio, y el interés se opone a ello. ¡Dejad hacer, voto a bríos! ¡Dejad hacer!!» (N. del t.)

Paley, más que el dogma económico del *laissez-faire*. Como han señalado Sidgwick y Cliff Leslie, la defensa que hizo Adam Smith del «sistema obvio y sencillo de libertad natural» se deduce de su punto de vista teísta y optimista sobre el orden del mundo, tal como lo expuso claramente en su *Teoría de los sentimientos morales*, más que de cualquier otra proposición de la propia economía política.¹² La frase *laissez-faire*, según creo, se hizo por primera vez popular en Inglaterra a través de un pasaje bien conocido de Franklin.¹³ En efecto, sólo en las últimas obras de Bentham —que no fue un economista en absoluto— descubrimos la regla del *laissez-faire*, en la forma en que la conocieron nuestros abuelos, adoptada al servicio de la filosofía utilitarista. Por ejemplo, en *Manual de Economía Política*,¹⁴ escribe: «La regla general es que el gobierno no debe hacer ni intentar nada; la divisa o el lema del gobierno, en estas ocasiones, debe ser: ¡Quietos! ... La petición que la agricultura, las manufacturas y el comercio presentan a los gobiernos es tan modesta y razonable como la que hizo Diógenes a Alejandro: No me tapes el sol».

Desde entonces, la campaña política a favor del libre comercio, la influencia de la denominada Escuela de Manchester y de los utilitaristas benthamitas, las declaraciones de autoridades económicas secundarias y las historias educativas de la señorita Martineau y de la señora Marcet, fijaron el *laissez-faire* en la mente popular, como conclusión práctica de la economía política ortodoxa. Con esta gran diferencia: que habiendo sido aceptada entretanto la visión malthusiana de la población por esta misma escuela de pensamiento, el optimista *laissez-faire* de la segunda mitad del siglo XVIII cedió su puesto al pesimista *laissez-faire* de la primera mitad del siglo XIX.¹⁵

12. Sidgwick, *Principles of Political Economy*, p. 20.

13. Bentham utiliza la expresión «*laissez-nous faire*». (*Works*, p. 440.)

14. Escrito en 1793, se publicó un capítulo en la *Bibliothèque Britannique* en 1798; se imprimió por primera vez en la edición de Bowring de sus *Works* (1843).

15. Cf. Sidgwick, *op. cit.*, p. 22: «Incluso aquellos economistas que se adhirieron en lo principal a las limitaciones de la esfera del gobierno según Adam Smith, exigieron estas limitaciones de un modo más bien poco entusiasta y nada triunfal; no como admiradores del orden social hoy por hoy resultante de la "libertad natural", sino como convencidos de que por lo menos es preferible a cualquier orden artificial por el que el gobierno pudiera sustituirlo».

En las *Conversations on Political Economy* de la señora Marcet (1817), Caroline se mantiene tanto como puede en favor del control del gasto del rico. Pero en la página 418 tiene que admitir la derrota:

CAROLINE. Cuanto más aprendo sobre este tema, más me siento convencida de que los intereses de las naciones, como los de los individuos, lejos de oponerse entre sí, están en el más perfecto acuerdo.

SRA. B. Las opiniones liberales y amplias llevarán siempre a conclusiones similares, y nos enseñan a abrigar sentimientos de benevolencia universal hacia los demás; de aquí la superioridad de la ciencia sobre el simple conocimiento práctico.

En 1850, las *Easy Lessons for the Use of Young People*, del arzobispo Whately, que la Sociedad para la promoción del credo cristiano distribuía al por mayor, no admite ni siquiera aquellas dudas que la Sra. B. permitió ocasionalmente tener a Caroline. «Probablemente causa más daño que bien —concluye el pequeño libro— cualquier interferencia del gobierno en las transacciones monetarias de los hombres, tanto si se arrienda como si se toma en arriendo, o en las compraventas de cualquier clase.» La verdadera libertad es «que a cada hombre debe dejársele en libertad de disponer de su propiedad, de su tiempo, fuerza y habilidad, en cualquier modo que él pueda pensar que le conviene, supuesto que no perjudique a sus vecinos».

En pocas palabras, el dogma se había apropiado de la máquina educativa; había llegado a ser una máxima para copiar. La filosofía política, que los siglos XVII y XVIII habían forjado para derribar a reyes y prelados, se había convertido en leche para bebés y había entrado literalmente en el cuarto de los niños.

Finalmente, en las obras de Bastiat llegamos a la expresión más extravagante y poética de la religión del economista político. En sus *Armonías Económicas*, dice:

Intento demostrar la armonía de aquellas leyes de la Providencia que gobiernan la sociedad humana. Lo que hace que estas leyes sean armoniosas y no discordantes es que todos los principios, todos los motivos, todos los impulsos para la acción, todos los intereses, cooperan hacia un gran resultado final ... Y ese resultado es la aproximación indefinida de todas las clases hacia un nivel que

siempre es creciente; en otras palabras, la *igualación* de los individuos en la *mejora* general.

Y cuando, como otros sacerdotes, traza su *Credo*, lo hace como sigue:

Creo que Él, que ha dispuesto el universo material, no ha apartado Su mirada del orden del mundo social. Creo que Él ha combinado y hecho que actúen en armonía tanto los agentes libres como las moléculas inertes ... Creo que la invencible tendencia social es una aproximación constante de los hombres hacia un nivel moral, intelectual y físico común, con, al mismo tiempo, una elevación progresiva e indefinida de ese nivel. Creo que todo lo que se necesita para un desarrollo gradual y pacífico de la humanidad es que sus tendencias no sean obstaculizadas y que la libertad de sus movimientos no sea destruida.

Desde la época de John Stuart Mill, economistas con autoridad han reaccionado fuertemente contra todas las ideas semejantes. «Apenas un solo economista inglés de reputación —como ha expresado el profesor Cannan— se adherirá a un ataque frontal contra el socialismo en general», aunque, como también añade, «casi todos los economistas, con reputación o sin ella, están siempre a punto de polemizar en la mayoría de propuestas socialistas».¹⁶ Los economistas ya no tienen ningún vínculo con las filosofías teológicas o políticas que dieron nacimiento al dogma de la armonía social y su análisis científico les lleva a conclusiones diferentes.

Cairnes, en la conferencia introductoria sobre «Economía Política y *Laissez-faire*», que pronunció en el University College de Londres, en 1870, fue tal vez el primer economista ortodoxo que dirigió un ataque frontal contra el *laissez-faire* en general. «La máxima del *laissez-faire* —declaró— no tiene base científica alguna y a lo sumo es una simple y hábil regla práctica».¹⁷ Esta ha sido, en los cincuenta

16. *Theories of Production and Distribution*, p. 494.

17. Cairnes describió bien la «noción predominante» en el siguiente pasaje de la misma conferencia: «La noción predominante es que la economía política intenta demostrar que la riqueza puede acumularse más deprisa y distribuirse de manera más conveniente; es decir, que el bienestar humano puede promoverse de un modo más efectivo por el simple procedimiento de permitir que la gente actúe por sí misma; es decir, dejando que los individuos sigan

años últimos, la opinión de todos los economistas importantes. Una parte del trabajo más notable de Alfred Marshall —por poner un ejemplo— se dedicó a la explicación de los principales casos en los que el interés privado y el interés social *no* estaban en armonía. Sin embargo, la actitud cauta y nada dogmática de los mejores economistas no ha prevalecido contra la opinión general de que un *laissez-faire* individualista es lo que ellos debieron enseñar y lo que de hecho enseñaron.

III

Los economistas, como otros científicos, han escogido las hipótesis de las que parten, que ofrecen a los principiantes, porque es lo más simple y no porque sea lo más próximo a los hechos. En parte por esta razón, pero en parte —lo admito— porque se han visto sesgados por las tradiciones sobre la materia, han empezado suponiendo un estado de cosas en el que la distribución ideal de los recursos productivos puede producirse a través de la actuación independiente de los individuos, mediante el método de prueba y error, de tal modo que aquellos individuos que actúan en la dirección correcta eliminarán por la competencia a aquellos que lo hacen en la dirección equivocada. Esto implica que no debe haber piedad ni protección para aquellos que invierten su capital o su trabajo en la dirección errónea. Es un método que permite el ascenso de los que tienen más éxito en la persecución del beneficio, a través de una lucha despiadada por la supervivencia, que selecciona al más eficiente mediante la bancarrota del menos eficiente. No cuenta el coste de la lucha, sino sólo los beneficios del resultado final, que se supone son permanentes. Siendo el objeto de la vida cortar las hojas de las ramas hasta la mayor altura posible, la manera más plausible de alcanzar este fin es per-

los dictados del interés propio, sin limitarlos ni por el estado ni por la opinión pública, mientras no incurran en violencia o fraude. Ésta es la doctrina conocida comúnmente como *laissez-faire*; y de acuerdo con ella, me parece que a la economía política se la considera generalmente como una especie de traducción científica de esta máxima, una justificación de la libertad de la empresa individual y del contrato como la solución única e idónea de todos los problemas industriales».

mitir que las jirafas con el cuello más largo dejen morir de hambre a las que lo tienen más corto.

Concordando con este método de alcanzar la distribución ideal de los instrumentos de producción entre los diferentes fines, hay un supuesto similar sobre el modo de alcanzar la distribución ideal de lo que está disponible para el consumo. En primer lugar, cada individuo descubrirá cuál, entre los objetos posibles de consumo, él desea más, por el método de prueba y error «en el margen», y de esta manera no sólo cada consumidor distribuirá su consumo más ventajosamente, sino que cada objeto de consumo encontrará su camino hacia la boca del consumidor cuya satisfacción es la mayor cuando se la compara con la de los demás, porque ese consumidor ofrecerá más que los otros. Así, si dejamos que las jirafas se comporten libremente: 1. se cortará la máxima cantidad de hojas, porque las jirafas con el cuello más largo, a fuerza de matar de hambre a las otras, se colocarán más cerca de los árboles; 2. cada jirafa tratará de tomar las hojas que le parezcan más suculentas entre las que están a su alcance; y 3. las jirafas a las que apetezca una determinada hoja más que cualquier otra, se estirarán al máximo para alcanzarla. De esta manera, más y más jugosas hojas serán engullidas, y cada hoja alcanzará la garganta que ella crea que ha acreditado un mayor esfuerzo.

Sin embargo, este supuesto de condiciones en las que la selección natural sin limitaciones lleva al progreso, sólo es uno de los dos supuestos provisionales que, tomados como verdad literal, se han convertido en los contrafuertes gemelos del *laissez-faire*. El otro es la eficacia, y ciertamente la necesidad, de la oportunidad para hacer dinero privado ilimitadamente, como un *incentivo* al máximo esfuerzo. En condiciones de *laissez-faire* aumenta el beneficio del individuo que, por habilidad o por buena fortuna, se halla con sus recursos productivos en el lugar correcto y en el tiempo apropiado. Un sistema que permite al individuo industrial o afortunado cosechar la totalidad de los frutos de esta coyuntura, ofrece evidentemente un inmenso incentivo para la práctica del arte de estar en el sitio adecuado y en el tiempo oportuno. De esta manera, uno de los motivos humanos más poderosos, es decir, el amor al dinero, se empareja con la tarea de distribuir los recursos económicos del modo mejor calculado para aumentar la riqueza.

El paralelismo entre el *laissez-faire* económico y el darwinismo, que ya se ha advertido brevemente, se ve ahora, como Herbert

Spencer fue el primero en reconocer, que es muy estrecho. Al igual que Darwin invocó el amor sexual, que actúa a través de la selección sexual, como ayuda de la selección natural mediante la competencia, para dirigir la evolución a lo largo de las líneas que serían tan deseables como efectivas, así el individualista invoca el amor al dinero, actuando a través de la persecución del beneficio, como ayuda de la selección natural, para obtener la producción en la escala más grande posible de lo que se desea con más fuerza, medido por el valor de cambio.

La belleza y la simplicidad de una teoría semejante son tan grandes que es fácil olvidar que no se deduce de los hechos, sino de una hipótesis incompleta introducida en aras de la simplicidad. Aparte de otras objeciones que se mencionarán más adelante, la conclusión de que los individuos que actúan independientemente para su propio provecho producirán el mayor agregado de riqueza depende de una variedad de supuestos irreales, en el sentido de que los procesos de producción y consumo no son de ninguna manera orgánicos, que existe un conocimiento previo suficiente de las condiciones y requisitos y que existen oportunidades adecuadas de obtener este conocimiento. Porque los economistas, generalmente, dejan para una etapa posterior de su argumentación las complicaciones que aparecen—1. cuando las unidades eficientes de producción son grandes en relación con las unidades de consumo; 2. cuando los gastos generales o costes comunes están presentes; 3. cuando las economías internas tienden a la agregación de la producción; 4. cuando el tiempo necesario para el ajuste es largo; 5. cuando la ignorancia prevalece sobre el conocimiento; 6. cuando los monopolios y las concentraciones interfieren en la igualdad en la negociación—; dejan para un estadio posterior su análisis de los hechos reales. Además, muchos de aquellos que reconocen que la hipótesis simplificada no corresponde con precisión al hecho concluyen, sin embargo, que representa lo que es «natural» y por tanto ideal. Consideran la hipótesis simplificada como salud y las complicaciones adicionales como enfermedad.

Sin embargo, además de esta cuestión de hecho hay otras consideraciones, bastante familiares, que nos llevan directamente al cálculo del coste y al carácter de la propia lucha competitiva y a la tendencia a que la riqueza se distribuya donde no es muy apreciada. Si nos preocupa el bienestar de las jirafas, no debemos pasar por alto los sufrimientos de los cuellos más cortos que están muertos de hambre

o las dulces hojas que caen al suelo y son pisoteadas en la lucha, o el hartazgo de las que tienen el cuello largo, o el mal aspecto de ansiedad o voracidad agresiva que nubla los pacíficos rostros del rebaño.

Pero los principios del *laissez-faire* han tenido otros aliados, además de los manuales de economía. Debe admitirse que han sido confirmados en las mentes de pensadores profundos y del público razonable por la escasa calidad de las propuestas alternativas: el proteccionismo por un lado y el socialismo marxista por el otro. Sin embargo, estas doctrinas se caracterizan no sólo, o principalmente, por infringir la presunción general en favor del *laissez-faire*, sino por la simple falacia lógica. Ambos son ejemplos de pobreza de pensamiento, de incapacidad para analizar un proceso y seguirlo hasta su conclusión. Los argumentos contra ellos, aunque reforzados por el principio del *laissez-faire*, en rigor no lo necesitan. De los dos, el proteccionismo es por lo menos plausible, y las fuerzas que trabajan por su popularidad no son de extrañar. Pero el socialismo marxista ha de permanecer siempre como un portento para los historiadores de la opinión: cómo una doctrina tan ilógica y tan torpe puede haber ejercido, de modo tan poderoso y duradero, una influencia sobre las mentes de los hombres y, a través de ellas, sobre los acontecimientos de la historia. De alguna manera, las evidentes deficiencias científicas de estas dos escuelas contribuyeron grandemente al prestigio y autoridad del *laissez-faire* decimonónico.

Tampoco ha animado la más notable divergencia en la acción social centralizada a gran escala —el régimen de la última guerra— a los reformadores ni ha disipado los antiguos prejuicios. Hay mucho que decir, ciertamente, sobre ambos extremos. La experiencia de la guerra en la organización de la producción socializada ha dejado a algunos observadores próximos optimistamente ansiosos de repetirla en condiciones de paz. El socialismo de guerra alcanzó incuestionablemente una producción de riqueza en una escala mucho mayor que la que nosotros hayamos conocido nunca en la paz, pues aunque los bienes y servicios producidos eran destinados a la extinción inmediata e inútil, no obstante eran riqueza. Sin embargo, la disipación del esfuerzo fue también prodigiosa y la atmósfera de despilfarro y de no tener en cuenta el coste molestó a cualquier espíritu ahorrativo o providente.

Finalmente, el individualismo y el *laissez-faire*, a pesar de sus profundas raíces en las filosofías políticas y morales de finales del

siglo XVIII y principios del XIX, no podían haber asegurado su dominio perpetuo sobre la dirección de los asuntos públicos, si no hubiera sido por su conformidad con las necesidades y los deseos del mundo de los negocios de la época. Ellos llenaron de objeto a nuestros héroes de antaño, los grandes hombres de negocios. «Por lo menos la mitad del mejor talento en el mundo occidental —acostumbraba decir Marshall— se dedica a los negocios.» Una gran parte de «la imaginación más eminente» de la época estuvo empleada de este modo. Fue en las actividades de estos hombres donde estuvieron centradas nuestras esperanzas de progreso.

Los hombres de este tipo —escribió Marshall¹⁸— viven experimentando constantemente visiones cambiantes, modeladas en su propio cerebro, de los diferentes medios que pueden conducirles al fin deseado; de las dificultades que la naturaleza pone en cada camino y de las estratagemas con que piensan que podrán vencerlas. Este esfuerzo imaginativo no es apreciado por el público, ya que no puede mostrarse exteriormente; su potencialidad está disciplinada por una fuerte voluntad; y su mayor gloria consiste en haber logrado grandes fines por medios tan sencillos que nadie llegue a saber, y sólo los expertos puedan adivinar, cuántos otros procedimientos, todos ellos más atractivos y brillantes para un observador precipitado, ha sido necesario descartar a favor del elegido. La imaginación de un hombre de este tipo se emplea, igual que la de un ajedrecista, en adivinar los obstáculos que pueden oponerse al desarrollo normal de sus ambiciosos planes y en desechar constantemente las jugadas brillantes al imaginar las reacciones del adversario contra las mismas. La gran resistencia de su sistema nervioso figura al extremo opuesto, en la escala de la naturaleza humana, de la nerviosa irresponsabilidad de quienes conciben precipitadamente proyectos utópicos. Éstos pueden ser comparados con los malos ajedrecistas, quienes con fácil osadía resuelven rápidamente los problemas más difíciles moviendo ellos mismos todas las piezas, tanto las blancas como las negras.

Esta es una excelente pintura del gran capitán de industria, del maestro del individualismo, que nos sirve al propio tiempo que se sirve a sí mismo, justo como lo hace cualquier otro artista. Sin em-

18. «Posibilidades sociales de la caballerosidad económica», *Economic Journal*, XVII (1907), p. 9.

bargo, a su vez, se está convirtiendo en un ídolo deslucido. Cada vez dudamos más de que sea él quien nos conduzca de la mano al paraíso.

Todos estos elementos han contribuido a la tendencia intelectual corriente, al maquillaje mental, a la ortodoxia de la época. La fuerza de muchas de las razones originales ha desaparecido, pero, como de costumbre, la vitalidad de las conclusiones la sobrevive. Sugerir una acción social en favor del bien público de la ciudad de Londres es como discutir el *Origen de las Especies* con un obispo de hace sesenta años. La primera reacción no es intelectual, sino moral. Lo que se discute es una ortodoxia, y cuanto más persuasivos sean los argumentos, tanto más grave será la ofensa. Sin embargo, aventurándome en la cueva del monstruo aletargado, por lo menos he rastreado sus quejas y su genealogía, de manera que demuestre que nos ha gobernado más por derecho hereditario que por mérito personal.

IV §

Eliminemos los principios metafísicos o generales sobre los que, de cuando en cuando, se ha fundamentado el *laissez-faire*. No es verdad que los individuos tengan una «libertad natural» sancionada por la costumbre en sus actividades económicas. No existe un «convenio» que confiera derechos perpetuos sobre lo que Tienen o sobre lo que Adquieren. El mundo *no* se gobierna desde arriba, de manera que no siempre coinciden el interés privado y el social. *No* es dirigido aquí abajo de manera que coincidan en la práctica. *No* es una deducción correcta de los principios de la economía que el interés propio ilustrado produzca siempre el interés público. Ni es verdad que el interés propio *sea* generalmente ilustrado; más a menudo, los individuos que actúan por separado persiguiendo sus propios fines son demasiado ignorantes o demasiado débiles incluso para alcanzar éstos. La experiencia *no* demuestra que los individuos, cuando forman una unidad social, son siempre menos clarividentes que cuando actúan por separado.

Por lo tanto, no podemos establecer sobre fundamentos abstractos, sino que debemos tratar en detalle, los méritos de lo que Burke denominaba «uno de los problemas más delicados en legislación, es decir, determinar lo que el estado debe asumir para dirigir por la

sabiduría pública, y lo que debe dejar, con tan poca interferencia como sea posible, al esfuerzo individual».¹⁹ Hemos de distinguir entre lo que Bentham, en su olvidada pero útil nomenclatura, acostumbraba a denominar *agenda* y *no-agenda*, y hacer esto sin la presunción previa de Bentham de que la interferencia es, al mismo tiempo, «generalmente inútil» y «generalmente perniciosa».²⁰ Tal vez la principal tarea de los economistas en esta hora sea distinguir de nuevo la *agenda* del gobierno de la *no-agenda*; y la tarea pareja de los políticos sea ingeniar formas de gobierno dentro de una democracia que sean capaces de cumplir la *agenda*. Ilustraré lo que pienso mediante dos ejemplos.

1. Creo que en muchos casos la medida ideal para la unidad de control y organización está situada en algún punto entre el individuo y el estado moderno. Sugiero, por tanto, que el progreso radica en el aumento del reconocimiento de los cuerpos semiautónomos dentro del estado —cuerpos cuyo criterio de acción dentro de su propio campo es únicamente el bien público tal como ellos lo entienden, y de los cuales están excluidos los motivos de reflexión de interés privado; aunque todavía pueda ser necesario dejarles algún lugar, hasta que el ámbito del altruismo de los hombres se amplíe al interés de grupos particulares, clases o facultades—, cuerpos que en el curso ordinario de los negocios son principalmente autónomos dentro de sus limitaciones prescritas, pero que están sujetos en último término a la soberanía de la democracia expresada a través del Parlamento.

Propongo una vuelta, si puede decirse así, hacia las concepciones medievales de autonomías separadas. Pero, al menos en Inglaterra, las corporaciones son un modo de gobierno que jamás ha dejado de ser importante y es consustancial a nuestras instituciones. Es fácil dar ejemplos de lo que ya existe, de autonomías separadas que han tomado la modalidad que he dicho o se están acercando a ella: las universidades, el Banco de Inglaterra, el Puerto de Londres, incluso tal vez las compañías de ferrocarril. En Alemania hay, sin duda, instancias análogas.

Pero más interesante que éstas es la tendencia de las instituciones

19. § Citado por McCulloch en sus *Principios de Economía Política*. §
20. *Manual de Economía Política* de Bentham, publicado póstumamente en la edición de Bowring (1843).

capitalistas, cuando han alcanzado una cierta edad y tamaño, a aproximarse al *status* de las corporaciones públicas más que al de la empresa privada individualista. Uno de los desarrollos más interesantes e inadvertidos de las recientes décadas ha sido la tendencia de la gran empresa a socializarse. En el crecimiento de una gran institución —particularmente un gran ferrocarril o una gran empresa de utilidad pública, pero también un gran banco o una gran compañía de seguros— se llega a un punto en el que los propietarios del capital, es decir, los accionistas, están casi enteramente disociados de la dirección, con el resultado de que el interés personal directo de la última en la persecución del mayor beneficio viene a ser completamente secundario. Cuando se alcanza este estadio, la estabilidad general y el prestigio de la institución son más tenidos en cuenta por la dirección que el beneficio máximo por los accionistas. A éstos debe bastarles con percibir dividendos convencionalmente adecuados; pero una vez que esto queda asegurado, el interés directo de la dirección consiste a menudo en evitar las críticas del público y de los clientes de la empresa. Este es particularmente el caso si su gran tamaño o su posición semimonopolista atraen la atención del público y la hacen vulnerable a los ataques de éste. Tal vez el ejemplo extremo de esta tendencia en el caso de una institución, teóricamente la propiedad sin limitaciones de personas privadas, sea el Banco de Inglaterra. Es casi cierto decir que no hay ninguna clase de personas en el reino en quienes menos piense el gobernador del Banco de Inglaterra, cuando decide sobre su política, que en sus accionistas. Sus derechos, más allá de su dividendo convencional, se han hundido en las proximidades del cero. Pero lo propio es parcialmente cierto en muchas otras grandes instituciones. A medida que pasa el tiempo, están socializándose por sí mismas.

No se trata de una ganancia pura. Las mismas causas promueven el conservadurismo y la decadencia de la empresa. De hecho, ya tenemos en estos casos muchos de los defectos, así como de las ventajas, del socialismo de estado. Sin embargo, aquí vemos, creo, una línea natural de evolución. La batalla del socialismo contra el beneficio privado ilimitado está siendo ganada en detalle, hora por hora. En estos campos particulares —continúa siendo agudo en otras partes— este no es ya el problema apremiante. No hay, por ejemplo, ninguna cuestión política de las que se consideran importantes que sea tan realmente intrascendente, tan irrelevante para la reorganización de la

vida económica de Gran Bretaña, como la nacionalización de los ferrocarriles.

Es verdad que muchas grandes empresas, particularmente empresas de servicios públicos y otras, requieren un gran capital fijo, incluso necesitan estar semisocializadas. Pero debemos ser flexibles al contemplar las formas de este semisocialismo. Debemos aprovechar por completo las tendencias naturales de la época y probablemente debemos preferir corporaciones semiautónomas a órganos del gobierno central de los que son directamente responsables los ministros del estado.

Critico el socialismo de estado doctrinario, no porque aspire a poner los impulsos altruistas de los hombres al servicio de la sociedad, o porque parta del *laissez-faire*, o porque reduzca la libertad natural del hombre para conquistar el mundo, o porque tenga valor para realizar experimentos audaces. Aplaudo todas estas cosas. Lo critico porque pierde la significación de lo que está ocurriendo realmente; porque, de hecho, es poco más que una reliquia cubierta de polvo de un plan para afrontar los problemas de hace cincuenta años, basado en una comprensión equivocada de lo que alguien dijo hace cien años. El socialismo de estado del siglo XIX procede de Bentham, la libre competencia, etc., y es una versión, en algunos aspectos más clara y en otros más confusa, de la misma filosofía en la que se basa el individualismo decimonónico. Ambos ponen igualmente todo su énfasis en la libertad, el uno negativamente para evitar las limitaciones de la libertad existente, el otro positivamente para destruir los monopolios naturales o adquiridos. Son reacciones diferentes a la misma atmósfera intelectual.

2. A continuación llegamos a un criterio de la *agenda* que es particularmente relevante en relación con lo que es urgente y deseable hacer en el próximo futuro. Debemos tender a separar aquellos servicios que son *técnicamente sociales* de aquellos que son *técnicamente individuales*. La *agenda* del estado más importante no se refiere a aquellas actividades que los individuos privados ya están desarrollando, sino a aquellas funciones que caen fuera de la esfera del individuo, aquellas decisiones que *nadie* toma si el estado no lo hace. Lo importante para el gobierno no es hacer cosas que ya están haciendo los individuos, y hacerlas un poco mejor o un poco peor, sino hacer aquellas cosas que en la actualidad no se hacen en absoluto.

No es mi propósito en esta ocasión desarrollar políticas prácticas.

Por tanto, me limito a enumerar algunos ejemplos de lo que quiero decir, entre aquellos problemas sobre los que he reflexionado más.

Muchos de los mayores males económicos de nuestro tiempo son la consecuencia del riesgo, la incertidumbre y la ignorancia. Ello es así porque los individuos particulares, afortunados en situación o capacidad, pueden aprovecharse de la incertidumbre y de la ignorancia, y también porque por la misma razón los grandes negocios son a menudo una lotería y existen grandes desigualdades de riqueza; y estos mismos factores son también la causa del desempleo del trabajo, o de la frustración de expectativas razonables de negocio, y del deterioro de la eficiencia y de la producción. Sin embargo, el remedio no está al alcance de la acción de los individuos; incluso puede que convenga a sus intereses agravar la enfermedad. Creo que el remedio para estas cosas ha de buscarse en parte en el control deliberado del dinero y del crédito por medio de una institución central, y en parte en la recogida y publicación en gran escala de datos relativos a la situación económica, incluyendo la publicidad completa, si es necesario por ley, de todos los hechos económicos que sea útil conocer. Estas medidas involucrarían a la sociedad en el ejercicio de la inteligencia directa a través de algún órgano de acción apropiado sobre muchos de los enredos internos de los negocios privados, aunque dejarían en libertad la iniciativa y la empresa privadas. Aun suponiendo que estas medidas se mostraran insuficientes, nos proporcionarían un mejor conocimiento que el que tenemos ahora para dar el siguiente paso.

Mi segundo ejemplo se refiere a los ahorros y a la inversión. Creo que hace falta alguna acción coordinada de juicio inteligente en la medida en que es deseable que la comunidad como un todo ahorre, en la medida en que estos ahorros vayan al exterior en forma de inversiones extranjeras, y si la organización actual del mercado de inversión distribuye los ahorros por los canales más productivos para el país. No creo que estos asuntos tengan que dejarse enteramente al arbitrio de la opinión y de los beneficios privados, como ahora.

Mi tercer ejemplo se refiere a la población. Ya ha llegado el momento en que cada país necesita una política nacional meditada sobre qué tamaño de la población, mayor, igual o menor que el actual, es más conveniente. Y habiendo establecido esta política, debemos tomar las providencias para desarrollarla. Puede llegar el tiempo, un poco más adelante, en que la comunidad como un todo deba prestar aten-

ción tanto a la cualidad innata como a las simples cifras de sus futuros miembros.

V²¹

Estas reflexiones se han dirigido hacia las mejoras posibles en la técnica del capitalismo moderno por medio de la agencia de la acción colectiva. No hay nada en ellas seriamente incompatible con lo que me parece es la característica esencial del capitalismo, es decir, la dependencia de un intenso atractivo por hacer dinero y por los instintos de amor al dinero de los individuos como principal estímulo de la máquina económica. Ni debo desviarme, tan cerca del final, hacia otros campos. Sin embargo, hago bien en recordarles, en conclusión, que las discusiones más vehementes y las divisiones de opinión más profundamente sentidas se producirán probablemente en los próximos años, no en torno a cuestiones técnicas, en las que los argumentos por ambas partes son principalmente económicos, sino en torno a aquellas que, a falta de mejores palabras, pueden denominarse psicológicas o, tal vez, morales.

En Europa, o al menos en algunas parte de Europa —pero no, pienso, en los Estados Unidos de América—, existe una reacción latente, algo difusa, en contra de fundamentar la sociedad, en la medida en que lo hacemos, en alimentar, animar y proteger los motivos monetarios de los individuos. Una preferencia por organizar nuestros asuntos de tal manera que el motivo monetario fuera lo más pequeño posible, en lugar de ser lo mayor posible, no necesita ser enteramente *a priori*, sino que puede basarse en la comparación de experiencias. Diferentes personas, de acuerdo con su elección de profesión, ven que el motivo monetario desempeña un papel mayor o menor en su vida diaria, y los historiadores pueden hablarnos sobre otras fases de la organización social en las que este motivo ha desempeñado un papel mucho menor que en la actualidad. La mayoría de religiones y la mayoría de filosofías critican, por decirlo de un modo discreto, un modo de vida que esté influido principalmente por consideraciones de beneficio monetario personal. Por otra parte, la mayoría de los

21. El número del capítulo no aparece, por supuesto, en la edición original de *Ensayos de persuasión*. (N. del e.)

hombres de hoy rechaza las nociones ascéticas y no duda de las ventajas reales de la riqueza. Además, les parece obvio que uno no pueda prescindir del motivo monetario y que, aparte ciertos abusos admitidos, éste desempeña bien su papel. En resumen, el hombre medio desvía su atención del problema y no tiene una idea clara de lo que realmente piensa y siente respecto a toda esta confusa cuestión.

La confusión del pensamiento y del sentimiento lleva a la confusión del lenguaje. Mucha gente, que está realmente criticando al capitalismo como modo de vida, argumenta como si lo estuviera haciendo sobre la base de su ineficiencia para alcanzar sus propios objetivos. Por el contrario, los devotos del capitalismo son a menudo indebidamente conservadores, y rechazan las reformas de su técnica, que podrían realmente reforzarlo y conservarlo, por miedo a que el resultado pueda constituir un primer paso hacia lo que ya no será el propio capitalismo. Sin embargo, puede llegar un día en el que veamos más claro que ahora cuándo estamos hablando del capitalismo como una técnica eficiente o ineficiente, y cuándo estamos hablando de él como algo deseable o cuestionable en sí mismo. Por mi parte, pienso que el capitalismo, dirigido con sensatez, puede probablemente hacerse más eficiente, para alcanzar fines económicos, que cualquier sistema alternativo a la vista, pero que en sí mismo es en muchos sentidos extremadamente cuestionable. Nuestro problema es construir una organización social que sea lo más eficiente posible sin contrariar nuestra idea de un modo de vida satisfactorio.

El siguiente paso adelante debe venir, no de la agitación política o de los experimentos prematuros, sino del pensamiento. Necesitamos aclarar nuestros propios sentimientos mediante un esfuerzo de la mente. En la actualidad, nuestra simpatía y nuestra opinión propenden a estar en lados diferentes, lo que constituye un estado mental angustioso y paralizante. En el campo de la acción, los reformadores no tendrán éxito hasta que puedan perseguir firmemente un objetivo claro y definido, con su inteligencia y sus sentimientos en sintonía. No hay ningún partido en el mundo, en el momento actual, que me parezca estar persiguiendo objetivos correctos por medio de métodos correctos. La pobreza material proporciona el incentivo para cambiar precisamente en situaciones en las que hay muy poco margen para la experimentación. La prosperidad material suprime el incentivo precisamente cuando no sería arriesgado probar suerte. Europa carece de

medios, y Norteamérica de voluntad, para dar algún paso. Necesitamos una nueva serie de convicciones que broten naturalmente de un sincero examen de nuestros propios sentimientos íntimos en relación con los hechos exteriores.

1. LOS MEDIOS PARA LA PROSPERIDAD (1933)

En marzo de 1933 *The Times* publicó una serie de cuatro artículos de Keynes, titulada «Los medios para la prosperidad». Estos artículos provocaron una amplia discusión y se reeditaron rápidamente, aquel mismo mes, en forma de opúsculo. En la edición inglesa se añadieron dos nuevos capítulos de introducción y conclusión; los capítulos II, III, IV y V permanecieron sustancialmente iguales respecto del texto publicado en *The Times* del 13, 14, 15 y 16 de marzo de 1933. En la edición estadounidense que se reproduce aquí, Keynes añadió material de su artículo «The Multiplier», que apareció en *New Statesman and Nation*, el 1 de abril de 1933, e hizo algunos otros cambios. A causa de esta discusión más extensa del multiplicador, hemos escogido la edición norteamericana. Las variaciones entre las ediciones norteamericana y británica, excepto en los casos de palabras aisladas como «británico» después de «gobierno» en la primera, se indican en el texto. Las notas a pie de página originales de Keynes en estas secciones aparecen entre corchetes.

I. NATURALEZA DEL PROBLEMA

Si nuestra pobreza fuera debida al hambre, a un terremoto o a la guerra, si nos faltasen las cosas materiales y los recursos para producir las, no podríamos encontrar los medios para la prosperidad más que en el trabajo duro, la abstinencia y la inventiva. De hecho, nuestro apuro es notoriamente de otra clase. Procede de algún fallo en los mecanismos inmateriales de la mente, en la operación de los motivos que debieran llevarnos a las decisiones y actos de voluntad necesarios para poner en movimiento los recursos y medios técnicos que ya tenemos. Es como si dos automovilistas, encontrándose en medio de una carretera, fueran incapaces de pasar uno u otro porque

ninguno conociera las normas de circulación. Sus propios músculos no son de utilidad; un ingeniero del automóvil no puede ayudarles; una carretera mejor no les serviría. No hace falta nada y nada servirá, excepto tener las ideas un poco¹ claras.

Así, también, nuestro problema no es un problema humano de músculos y resistencia. No es un problema de ingenieros o un problema agrícola. Ni siquiera es un problema económico si por tal entendemos aquellos cálculos, disposiciones y acciones organizativas por medio de los cuales los empresarios individuales pueden progresar. Ni es un problema bancario, si entendemos por banca los principios y métodos de una mente perspicaz, por medio de los cuales se estimulan conexiones perdurables y se evitan compromisos desafortunados. Por el contrario, es un problema económico en sentido estricto o, para expresarlo mejor, como sugiriendo una combinación de la teoría económica con el arte de gobernar, es un problema de economía política.

Llamo la atención sobre la naturaleza del problema, porque apunta a la naturaleza del remedio. Conviene al caso que el remedio se fundamente en algo que pueda con justicia considerarse una *estrategema*. Con todo, hay muchos que desconfían de las estrategias e instintivamente dudan de su eficacia. Todavía hay gente que cree que la vía para salir adelante sólo puede fundarse en el trabajo duro, la resistencia, la frugalidad, la mejora de los métodos económicos, más cautelas bancarias y, sobre todo, en evitar las estrategias. Pero temo que los camiones de esta gente no lograrán pasar nunca. Pueden velar toda la noche, contratar conductores más sobrios, instalar motores nuevos y ensanchar la carretera; con todo esto nunca podrán pasar, a menos que se paren a pensar y convengan con el conductor que tienen enfrente una pequeña estrategia por medio de la cual cada uno de ellos se mueva simultáneamente un poco a su izquierda.

Es la situación actual la que podríamos considerar paradójica. No hay nada paradójico en la sugerencia de que algún ajuste inmaterial —algún cambio, por así decirlo, «sobre el papel»— sería capaz de obrar maravillas. La paradoja debe hallarse en los 250.000 obreros de la construcción parados en Gran Bretaña, cuando nuestra mayor necesidad material es disponer de más casas. Dudaríamos instintivamente del juicio del hombre que, coherente con las finanzas sólidas y

1. Las palabras «muy poco» aparecen en este punto en la edición inglesa.

con la sabiduría política, nos dice que no hay medios para poner a trabajar a los parados. Tenemos que desconfiar de los cálculos de los estadistas que, cargados ya con el subsidio de paro, nos dicen que el hecho de emplear hombres en la construcción de casas implicaría pesadas obligaciones, presentes y futuras, que el país no se puede permitir; y es cosa de cuestionar la sensatez de esta opinión, que considera más económico y mejor calculado, para aumentar la riqueza nacional, mantener parados a los constructores de buques que gastar una fracción de lo que les está costando su mantenimiento para ponerles a construir uno de los trabajos más grandes del hombre.

Por el contrario, cuando demuestro con cierto detalle, como en el capítulo siguiente, que crear riqueza aumentará la renta nacional y que una gran proporción de cualquier aumento de la renta nacional corresponderá al Exchequer, entre cuyos mayores gastos está el pago de rentas a los que están parados, y cuyos ingresos están en proporción de las rentas de los que están ocupados, espero que el lector sentirá, tanto si se considera competente como si no para criticar el argumento en detalle, que la respuesta es justamente la que él esperaría, que concuerda con el dictado instintivo de su sentido común.

El argumento no debiera tampoco parecer extraño, en el sentido de que la presión fiscal pueda ser tan alta como para frustrar su objeto, y que, dándole el tiempo suficiente para recoger los frutos, una reducción de los impuestos tendrá mejores posibilidades de equilibrar el presupuesto que un aumento de los mismos. Porque, en la actualidad, adoptar el punto de vista opuesto es parecerse a un fabricante que, enfrenteado a una pérdida, decide elevar el precio de su producto, y cuando la disminución de sus ventas aumenta la pérdida, cubriéndose con razones de aritmética simple, decide que la prudencia le exige aumentar todavía más el precio; y que cuando, por último, su contabilidad se equilibra a cero en ambos lados, todavía está declarando ingenuamente que habría sido propio de un jugador reducir el precio cuando ya se estaba produciendo una pérdida.

De cualquier modo, parece que ya es tiempo de reconsiderar las posibilidades de acción. En esta creencia reexamino aquí las ventajas de una política activa, comenzando por los asuntos internos de Gran Bretaña y siguiendo con las oportunidades de la conferencia mundial. Esta conferencia puede producirse en el momento oportuno a pesar de su retraso. Porque llegará en una época en que la experiencia amarga dispone mejor, a las naciones participantes, a considerar un

plan. El mundo está cada vez menos dispuesto a «esperar el Milagro»: creer que las cosas se enderezarán por sí solas, sin acción de nuestra parte.

II. EXPANSIÓN INTERNA

La repugnancia a apoyar planes de desarrollo de capital en el interior como medio para restablecer la prosperidad se basa generalmente en dos fundamentos: la escasez del empleo creado por el gasto de una suma dada y la presión de los subsidios que tales planes suelen requerir sobre los presupuestos nacionales y locales. Estas son cuestiones cuantitativas que no es fácil contestar con precisión. Pero intentaré, en las líneas que siguen, dar razones para apoyar la creencia de que los resultados son mucho más favorables que lo que comúnmente se supone.

Se dice a menudo que, en Gran Bretaña, dar empleo a un hombre durante un año representa una inversión de 500 libras en obras públicas. Esto se basa en la cantidad de trabajo directamente empleado en la obra concreta de que se trate. Pero es fácil advertir que los materiales utilizados y el transporte necesario también suponen una creación de empleo. Si, como debemos, tenemos en cuenta esto, la inversión por hombre y año del empleo adicional suele estimarse, en el caso de la construcción por ejemplo, en 200 libras.

Pero si el nuevo gasto es adicional y no simplemente sustitutivo de otro gasto, el aumento del empleo no se detiene ahí. Los salarios adicionales y las demás rentas pagadas se gastan en compras adicionales, que a su vez llevan a un empleo adicional. Si los recursos del país estuvieran ya plenamente ocupados, estas compras adicionales se reflejarían principalmente en precios más altos y en un aumento de las importaciones. Pero en las actuales circunstancias esto sería cierto sólo para una pequeña proporción del consumo adicional, dado que la mayor parte del mismo sería provisto sin demasiados cambios en los precios por los recursos interiores que se encuentran desocupados en el momento actual. Además, en la medida en que la mayor demanda de alimentos, resultante del mayor poder adquisitivo de las clases trabajadoras, sirviera para elevar los precios o aumentar las ventas de los productores de artículos primarios en el interior y en el extranjero, actualmente podríamos asumirla positivamente. Sería

mucho mejor subir el precio de los productos agrícolas aumentando su demanda que restringiendo artificialmente su oferta.

No hemos llegado todavía al final. Los que de nuevo han encontrado ocupación y proporcionan el producto necesario para satisfacer el incremento de demanda de los ocupados con el nuevo capital circulante, a su vez gastarán más, aumentando de esta manera el volumen de empleo; y así sucesivamente. Algunos entusiastas, percatándose de la realidad de estas repercusiones, han exagerado en gran medida el resultado final e incluso han supuesto que la magnitud del nuevo empleo creado de este modo está limitada solamente por los intervalos necesarios entre el ingreso del gasto de la renta; en otras palabras, por la velocidad de circulación del dinero. Desgraciadamente, no es completamente así, porque en cada fase se produce, por así decirlo, una cierta proporción de filtraciones. En cada fase, una cierta proporción del aumento de renta no se traduce en un aumento del empleo. Una parte la ahorrará el receptor; otra parte elevará los precios y de este modo disminuirá el consumo en alguna otra parte, excepto en la medida en que los productores gasten su incremento de beneficios; otra parte se gastará en importaciones; otra parte es meramente una sustitución del gasto que previamente tomaba la forma de subsidio, caridad privada o ahorros personales; y una última parte puede ir a parar al Exchequer sin aliviar al contribuyente en la misma medida. Así, para sumar el efecto neto de la serie de repercusiones sobre el empleo, es necesario formular supuestos razonables sobre la proporción que se ha perdido por cada una de estas vías. A aquellos que estén interesados en la técnica de estas sumas les remitiría a un artículo de R. F. Kahn, publicado en *The Economic Journal* en junio de 1931.

Es obvio que los supuestos adecuados varían en gran manera según las circunstancias. Si el margen de recursos desempleados fuera escaso o nulo, entonces, como he dicho antes, el incremento de gasto se despilfarraría en gran medida en precios más altos e incremento de importaciones (lo que, efectivamente, es una característica ordinaria de las últimas fases de prosperidad en la nueva construcción). Si el subsidio de paro fuera tan grande como los ingresos de un hombre cuando trabaja y se financiase mediante préstamos, difícilmente se produciría ninguna repercusión en absoluto. En cambio, ahora que el subsidio se financia mediante impuestos y no mediante préstamos (de manera que puede esperarse que una reducción en el subsidio aumente la capacidad de gasto del contribuyente), ya no

tenemos que hacer una deducción tan grande por este concepto.² Permítaseme considerar con algún detalle lo que tiene que ser probablemente el resultado neto en las condiciones actuales.

A la magnitud bruta del gasto, supuesto que no hay préstamo adicional, la llamaremos *gasto primario*; y *empleo primario* al empleo directamente creado por este gasto. Basándome en la autoridad de otros, he estimado —y no hay fundamento para cuestionar la razonable exactitud de la estimación como guía aproximada de las magnitudes implicadas— que un gasto primario de 200 libras proporcionará empleo primario a un hombre durante un año. No afectará al argumento que sigue el hecho de que el objeto del préstamo sea financiar obras públicas o empresas privadas o aliviar al contribuyente. En cualquiera de estos casos, este gasto primario producirá una serie de repercusiones conducentes a lo que conviene llamar *empleo secundario*. Nuestro problema consiste en determinar el empleo total, primario y secundario en su conjunto, creado por un volumen dado de gasto adicional, financiado con préstamos; es decir, hallar el multiplicador que relaciona el empleo total con el empleo primario.

El gasto primario de 100 libras adicionales, suponiendo que se obtienen mediante un préstamo, puede dividirse en dos partes. La

2. En este punto divergen las dos ediciones. La edición inglesa continúa: «Mi propia estimación, tomando cifras muy conservadoras, a la luz de las actuales circunstancias, es que el multiplicador es, por lo menos, 2. De lo que se deduce que el gasto financiado vía préstamos, por hombre y año, no es la cifra de 500 libras con la que empezamos, sino la de 100 libras. Sin embargo, dado que no me preocupa exagerar la que de todas formas será una conclusión suficientemente sorprendente, tomémoslo al 1,5, es decir, que dos hombres empleados mediante el gasto de aquel tipo llevan indirectamente al empleo, no de dos hombres más, lo cual coincide con mi propia opinión, sino de un hombre más. No creo que nadie que siga el cálculo detallado pueda obtener menos que esto; lo que significa que un gasto (financiado vía préstamos) adicional de 200 libras en materiales, transporte y empleo directo coloca, no un hombre a trabajar durante un año, sino —teniendo en cuenta la serie completa de repercusiones— un hombre y medio. Esto nos da una cifra de 133 libras como volumen de gasto (financiado vía préstamos) adicional requerido hoy para estimular un empleo de un hombre durante un año. Pero basemos, para darnos un margen adicional de seguridad, nuestro argumento en la cifra de 150 libras. Esto responde, de manera más conservadora, a la primera de nuestras dos preguntas.»

»A continuación consideramos la magnitud de la reducción del presupuesto.» La edición inglesa sigue entonces el argumento de la p. 346, línea 5 [p. 346, línea 32, de esta edición castellana].

primera parte es el dinero que, por una u otra razón, no se ha convertido en renta adicional en manos de un inglés (o, si aplicamos el argumento a los Estados Unidos, de un norteamericano). Ésta se compone principalmente de *a*) el coste de las materias importadas; *b*) el coste de los bienes que no se han producido de nuevo, sino que meramente se han transferido, tales como tierras o bienes tomados de las existencias que no se reponen; *c*) el coste de los recursos productivos de hombres y plantas industriales que no se emplean adicionalmente, sino que simplemente se transfieren desde otras ocupaciones; *d*) el coste de los salarios que ocupan el lugar de la renta, con tal que salgan de los fondos tomados en préstamo para financiar el subsidio de paro. La segunda parte, que es el dinero que se convierte en renta adicional en manos de un inglés, tiene que dividirse de nuevo en dos partes, según si se ahorra o se gasta (en este contexto, gasto incluye todos los gastos adicionales directos del receptor, incluyendo el gasto en la producción de bienes duraderos).

Para obtener el multiplicador, simplemente tenemos que estimar estas dos proporciones, es decir, la proporción del gasto típico que se convierte en renta de alguien y la proporción de esta renta que se gasta. Porque estas dos proporciones, multiplicadas entre sí, nos dan la relación entre la primera repercusión y el efecto primario, dado que nos dan la relación entre el segundo flujo de gasto y el flujo inicial de gasto. Entonces podemos sumar toda la serie de repercusiones, dado que cabe esperar que la segunda repercusión tenga la misma relación con la primera repercusión; y la primera, con el efecto primario; y así sucesivamente.

El argumento abstracto puede ilustrarse como sigue. Hace dos años, cuando el subsidio se estaba financiando en Gran Bretaña mediante dinero tomado en préstamo, este hecho requería una deducción sustancial, que ya no es necesaria, al calcular la proporción del gasto que se convierte en renta adicional. De aquí a dos años, si el empleo ha mejorado en relación con su nivel actual, puede ser necesario hacer una deducción sustancial respecto a los recursos que simplemente se sacan de otras ocupaciones; porque cuanto menor es la reserva de recursos ociosos, más probable es que esto resulte de un aumento del gasto. No estoy dispuesto a efectuar mucha deducción en cualquier momento por los bienes tomados de las existencias, dado que éstas rara vez son realmente grandes y que la verificación de su descenso estimula pronto su reposición. Por tanto, *en las condiciones*

actuales, yo diría que sería un supuesto razonable optar por una deducción del 30 por 100 para el gasto que por una u otra razón no aumenta las rentas, dejando el 70 por 100 restante para el aumento de la renta corriente de alguna persona.

¿Qué proporción de esta renta adicional se desembolsará como gasto adicional? En la medida en que corresponda a las clases asalariadas se puede suponer correctamente que se gastará la mayor proporción de la misma; en la medida en que aumente los beneficios y los sueldos e ingresos profesionales, la proporción ahorrada será mayor. Tenemos que encontrar un promedio aproximado. En las circunstancias actuales, por ejemplo, podríamos suponer que se gastará al menos un 70 por 100 del aumento de renta y que la parte ahorrada no será superior a un 30 por 100.

Bajo estos supuestos, la primera repercusión será del 49 por 100 (dado que $7 \times 7 = 49$) del efecto primario, o (digamos) de la mitad; la segunda repercusión será la mitad de la primera, es decir, un cuarto del efecto primario, y así sucesivamente. Por tanto, el multiplicador es 2, porque si el lector nos permite que le llevemos a su época escolar recordará que $1 + 1/2 + 1/4 + \text{etc.} = 2$. El lapso de tiempo que necesita la renta corriente para ser gastada separará cada repercusión de la siguiente. Pero se verá que las siete octavas partes del efecto total proceden del gasto primario y de las dos primeras repercusiones, de manera que los desfases temporales implicados no son excesivamente importantes.

Nótese que no debe tenerse en cuenta ningún aumento de precios que pudiera venir ocasionado por el aumento de la demanda. El efecto de los precios más altos disminuirá gradualmente la proporción que se convierte en nueva renta, dado que probablemente será un síntoma de que los recursos excedentes ya no son tan adecuados en determinadas direcciones, con el resultado de que una mayor proporción del nuevo gasto simplemente se desvía de otras ocupaciones. También es probable que los precios más altos signifiquen beneficios más altos, con el resultado de que, cuanto mayor sea la proporción de renta correspondiente a beneficios y menor sea la que corresponde a salarios, se ahorrará una mayor proporción de la renta. Así, a medida que los hombres vuelvan gradualmente a estar ocupados y los precios aumenten gradualmente, el multiplicador disminuirá gradualmente. Además, en la medida en que los salarios suban es obvio que la magnitud del empleo correspondiente a un gasto dado en salarios

también disminuirá gradualmente. Sin embargo, estas modificaciones sólo serían relevantes si y cuando nuestro remedio estuviese teniendo mucho éxito. Una determinada dosis de gasto, en la etapa actual y por varias razones, producirá sobre el empleo un efecto mucho mayor que lo que sería prudente esperar más tarde, cuando el margen de recursos ociosos se redujera.

Para ilustrar la cadena de estimaciones razonables del multiplicador, consideremos el efecto que tendrían sobre el mismo otros supuestos determinados. Si supusiéramos que cada una de las proporciones es del 60 por 100, el multiplicador resulta ser, aproximadamente, 1,5, que pudiera considerarse como un límite mínimo de su valor, dado que parecería muy improbable que cualquier proporción pudiera ser tan baja como ésta en la actualidad. Si, por el contrario, tuviéramos que esperar que la proporción del gasto primario que se convierte en renta y la proporción de la renta que se gasta fueran ambas del 80 por 100, el multiplicador sería de casi 3 (como comprobarán fácilmente los lectores que todavía puedan efectuar cálculos aritméticos). Creo que sobre todo hemos de ser prudentes al estimar la proporción de gasto que se convierte en renta adicional; y las estimaciones que preferiría serían las basadas en algún supuesto tal como el de que no menos del 66 por 100 del gasto adicional (en nuevo capital circulante o en consumo adicional) se convertiría en renta adicional en manos de un inglés, y que no menos del 75 por 100 de esta renta adicional se gastaría; aunque yo fácilmente aumentaría la última proporción al 80 por 100, más que la anterior al 70 por 100. En lo que sigue basaré mis estimaciones en estas cifras, que también llevan a un multiplicador de 2. A los lectores norteamericanos les puede interesar la consideración de qué supuestos serían más apropiados a las condiciones actuales de los Estados Unidos. Personalmente, esperararía que el multiplicador norteamericano fuera mayor que 2 y no al contrario.

III. LA REDUCCIÓN DEL PRESUPUESTO

Bajo los supuestos que he intentado justificar en el capítulo anterior, un gasto primario de 100 libras incrementará directamente las rentas británicas en dos tercios de esta cantidad, es decir, en 66 libras. Pero el aumento total de las rentas, incluyendo los efectos secunda-

rios, será de 66 libras $\times (1 + 2/3 + 4/9 + \dots)$, es decir, 200 libras. Para determinar la reducción total del presupuesto que se deriva de los efectos así establecidos, tenemos que estimar, primero, el ahorro respecto al coste del subsidio de paro, y segundo, el mayor rendimiento del ingreso por los impuestos recaudados sobre el aumento de renta.

No toda la renta adicional corresponde a los hombres que previamente estaban percibiendo el subsidio. Una parte va a los beneficios, otra parte a los que perciben sueldos y a las clases profesionales, y otra parte a los salarios correspondientes al aumento del volumen de empleo de los trabajadores que no estaban percibiendo subsidio, porque ya estaban empleados a tiempo parcial o por alguna otra razón.

Sin embargo, considero que sería correcto suponer que los dos tercios del aumento de renta, es decir, 44 libras, corresponderán a los hombres que previamente percibían el subsidio, lo que significa aproximadamente un tercio del aumento del empleo de un hombre durante un año, tomando el salario medio de 50 chelines por semana.

Dado que, bajo los supuestos que hemos adoptado, el 75 por 100 del aumento de la renta de 66 libras, ocasionado por el gasto primario de 100 libras, se gastará, y el 66 por 100 de este gasto secundario servirá de nuevo para aumentar las rentas, y así sucesivamente, se sigue que nuestro gasto primario de 100 libras tarde o temprano producirá dos tercios del empleo de un hombre durante un año para trabajadores que previamente percibían el subsidio. Al mismo tiempo, como hemos visto, el aumento total de rentas que se producirá será de 200 libras. Con todo, si el lector considera más probable algún otro conjunto de cifras, le he proporcionado aquí un mecanismo que le permitirá hallar la respuesta correspondiente a sus propios supuestos.

Ahora estamos preparados para estimar la reducción total del presupuesto. A efectos de cálculo aproximado, el coste medio de un hombre que cobre el subsidio se suele cifrar en 50 libras por año.³

3. [Esta es una cifra conservadora para trabajadores varones adultos. En 1932, el promedio completo, incluyendo menores y mujeres, fue de 48,3 libras (es decir, 44,2 libras como coste medio anual de una persona parada, más 4,1 libras de las cuotas medias de la seguridad social de patronos y empleados por persona empleada).] [Esta nota a pie de página no figura en la edición inglesa. (N. del e.)]

De aquí que un gasto (financiado vía préstamos) de 100 libras que proporcione dos tercios del empleo de un hombre durante un año para trabajadores que previamente percibían el subsidio de paro, reduce el coste del mismo en 33 libras.⁴

Pero hay un beneficio adicional para el presupuesto,⁵ debido al hecho de que nuestro gasto (financiado vía préstamos) de 100 libras aumentará la renta nacional en 200 libras. Porque el rendimiento de los impuestos aumenta y disminuye más o menos en proporción a la renta nacional. Nuestras dificultades presupuestarias actuales se deben principalmente al declive de la renta nacional. Ahora bien, para la nación como un todo, dejando a un lado las transacciones con los extranjeros, su renta es exactamente igual a su gasto (incluyendo en el gasto tanto el que se destina al consumo como el que se dedica a nuevo capital, pero excluyendo los intercambios intermedios); siendo ambas magnitudes simplemente dos nombres diferentes para la misma cosa, porque el gasto de uno es la renta de otro.⁶

Ahora bien, un promedio de aproximadamente un 20 por 100 de la renta nacional se paga al Exchequer en impuestos. La proporción exacta depende de cómo se distribuye la nueva renta entre los estratos más altos de renta sujetos a imposición directa y los estratos más bajos sometidos a impuestos indirectos; asimismo, el rendimiento de algunos impuestos no está estrechamente correlacionado con los cambios en la renta nacional. Teniendo en cuenta estas dudas, tomemos la proporción de la nueva renta correspondiente al Exchequer a un 10 por 100, es decir, 20 libras de nuevo ingreso, de un aumento de renta de 200 libras. Es cierto que habrá algún desfase temporal en su recaudación, pero no debemos preocuparnos por eso; aunque es

4. Este ejemplo sigue a la edición inglesa en el contenido, pero no en la expresión.

5. En la edición inglesa, las palabras «debido... Porque» no aparecen.

6. En la edición inglesa sigue este párrafo: «Así, la nueva inversión de 3 millones de libras, financiada por medio de un préstamo adicional y no reduciendo el gasto en consumo o la inversión ya existente, aumenta la renta nacional en más de 3 millones de libras, si tenemos en cuenta las repercusiones. El cálculo para obtener el multiplicador adecuado es el mismo que en el caso del empleo; aunque un poco mayor, dado que para obtener la renta monetaria nacional no tenemos que efectuar la misma deducción de un aumento de precios. Sin embargo, para mayor seguridad, tomemos, como antes, el multiplicador como si fuera 1,5. Se sigue que nuestra inversión de 3 millones de libras aumentará la renta nacional, sujeta a imposición, en 4.500.000 libras».

un argumento poderoso en favor de propuestas para modificar la rigidez de nuestro presupuesto anual y para hacer que nuestras estimaciones, en esta ocasión, cubran un período mayor que un año. Debido al desfase temporal en el efecto del aumento de impuestos sobre la reducción de la renta nacional, nuestro procedimiento presupuestario actual está expuesto a la seria objeción de que las medidas que equilibrarían este presupuesto están calculadas para desequilibrar el siguiente; y viceversa.

Así, el beneficio total para el Exchequer, de un gasto (financiado vía préstamos) adicional de 100 libras es, por lo menos, de 33 más 20, en total 53 libras, es decir, un poco más de la mitad del gasto financiado vía préstamos.⁷ No hemos de ver ninguna paradoja en esto. Hemos alcanzado un punto en que una considerable proporción de cada disminución adicional de la renta nacional se detecta en el Exchequer a través de la agencia del subsidio y de la disminución del rendimiento de los impuestos. Es natural, por tanto, que el beneficio de las medidas para aumentar la renta nacional tenga que corresponder en grado notable al Exchequer.

Si aplicamos este razonamiento a los proyectos de gasto (financiado vía préstamos) que hoy están siendo apoyados en círculos responsables, vemos que es una completa equivocación creer que existe un dilema entre los planes para incrementar el empleo y los planes para equilibrar el presupuesto: que debemos proceder despacio y con prudencia en el primero, por temor a perjudicar al segundo. Todo lo contrario. No existe otra posibilidad de equilibrar el presupuesto que aumentando la renta nacional, que es con mucho la misma cosa que incrementar el empleo.

Tomemos, por ejemplo, la propuesta de gastar 7 millones de libras en el nuevo Cunarder. Yo digo que esto beneficiará al Exchequer, al menos, en la mitad de esta suma, es decir, en 3,5 millones de libras, lo cual supera ampliamente a la máxima ayuda que se pide al Exchequer.

O tomemos el gasto de 100 millones de libras para construcción de casas, para reconstruir los barrios viejos o bajo los auspicios del Comité de Construcción Nacional, que beneficiaría al presupuesto en

7. La edición inglesa utiliza una serie de números diferentes, pero opera con base en el mismo principio y entonces sigue la frase «o dos tercios del mismo, si tuviéramos que tomar el multiplicador como 2».

un total de unos 50 millones de libras, una cantidad que supera ampliamente cualquier subsidio que se pueda necesitar. Si la mente del lector se sobresalta con esto y cree que es demasiado bueno como para ser cierto, vuelva cuidadosamente al argumento que nos ha llevado hasta aquí. Y si desconfía de su propio juicio, permítame señalar que todavía no se ha realizado ningún intento serio para rebatir las bases del argumento⁸ donde lo presenté en primer lugar, *coram publico*, en el foro de *The Times*.

Sustancialmente, el mismo argumento se aplica también a un alivio de la imposición, suspendiendo el Fondo de Amortización y volviendo a la práctica de financiar mediante préstamos aquellos servicios que pueden financiarse adecuadamente de esta manera, tales como el coste de nuevas carreteras cargado en el Fondo de Carreteras y esa parte del coste del subsidio de paro que puede promediarse con los días mejores que hemos de esperar. Porque el aumento de la capacidad de gasto del contribuyente tendrá precisamente las mismas repercusiones favorables que el aumento de la capacidad de gasto debida a un préstamo para financiar el gasto; y de algún modo, este método de aumentar el gasto es más sano y se difunde mejor a través de la comunidad. Si el canciller del Exchequer redujera los impuestos en 50 millones de libras mediante la suspensión del Fondo de Amortización y tomando prestado en aquellos casos en que antes considerábamos razonable tomar en préstamo, la mitad de lo que eximiría volvería de nuevo a él, por el ahorro del subsidio y el rendimiento más alto de un nivel dado de imposición; aunque, como he señalado antes, no le volvería necesariamente en el mismo presupuesto.⁹

Yo añadiría que este argumento particular no se aplica a un alivio de la imposición equilibrado por una reducción igual del gasto gubernamental (reduciendo los sueldos de los maestros, por ejemplo); porque esto representa una redistribución, no un aumento neto, de la capacidad de gasto nacional. Es aplicable a todo gasto *adicional* hecho, no en lugar de otro gasto, sino con los ahorros o el dinero tomado en préstamo, por personas privadas o por autoridades públi-

8. En la edición inglesa esta frase se refiere a posibles intentos futuros.

9. La edición inglesa continúa: «Apoyo con fuerza, por tanto, la sugerencia que se ha hecho de que el próximo presupuesto estuviera dividido en dos partes, una de las cuales incluiría aquellos apartados de gasto que serían adecuados para tratarse como gasto financiado vía préstamos en las circunstancias actuales».

cas, para finalidades de capital o para un consumo hecho posible por una disminución de la presión fiscal o de cualquier otra manera.¹⁰

Si estas conclusiones no pueden refutarse, ¿no es aconsejable actuar de acuerdo con ellas? La política contraria de intentar equilibrar el presupuesto mediante imposiciones, restricciones y precauciones seguramente fracasará, porque ha de producir el efecto de disminuir la capacidad de gasto nacional y, por tanto, la renta nacional.¹¹

El argumento se aplica, por supuesto, a ambas vías por igual. Del mismo modo que el efecto del aumento de un gasto primario en el empleo, sobre la renta nacional y sobre el presupuesto, se multiplica de la manera descrita, así también sucede con el efecto de la disminución del gasto primario. Efectivamente, si no fuera así sería difícil explicar la violencia de la recesión aquí y, aún más, en los Estados Unidos. Del mismo modo que un impulso inicial de dimensiones modestas ha sido capaz de producir tales repercusiones devastadoras, así también un impulso moderado en la dirección opuesta producirá una recuperación sorprendente. Aquí no hay nada mágico, ningún misterio, sino una predicción científica digna de crédito.

¿Por qué tiene que parecer este método de aproximación, a tanta gente, insólito, extraño y paradójico? Sólo puedo encontrar la respuesta en el hecho de que nuestras ideas sobre la economía, inculcadas en nosotros por la educación, el ambiente y la tradición, están empapadas, tanto si somos conscientes de ello como si no, de presupuestos teóricos que sólo son adecuadamente aplicables a una sociedad que esté en equilibrio, con todos sus recursos productivos em-

10. La edición inglesa continúa: «A menudo se señala que, cuando el gasto financiado vía préstamos tenía un volumen mayor, a causa del estímulo oficial, esto no evitó un aumento del paro. Pero en aquel momento estaba compensando en parte un empeoramiento todavía más rápido de nuestra balanza exterior. Los efectos de un aumento o disminución de 100 millones de libras en nuestro gasto financiero vía préstamos son, hablando en sentido amplio, iguales a los efectos de un aumento o disminución de 100 millones de libras en nuestra balanza exterior. Antes no teníamos ningún beneficio visible de nuestro gasto (financiado vía préstamo), porque se compensaba con un empeoramiento de nuestra balanza exterior. Últimamente no hemos tenido ningún beneficio visible de la mejora de nuestra balanza exterior, porque ha sido compensada por la reducción de nuestro gasto de aquel tipo. Hoy, por primera vez, tenemos la posibilidad, si queremos, de que ambos factores nos sean favorables».

11. Los restantes párrafos de este capítulo no aparecen en la edición inglesa.

pleados. Mucha gente está intentando solucionar el problema del paro con una teoría que se basa en el supuesto de que no hay paro. Obviamente, si los recursos productivos de la nación estuvieran plenamente ocupados no podría esperarse ninguna de las ventajas que, en las circunstancias actuales, predigo a partir de un aumento del gasto (financiado vía préstamos). Porque en ese caso, el aumento de dicho gasto se agotaría meramente en la elevación de precios y salarios, y desviando recursos de unas ocupaciones a otras. En otras palabras, sería puramente inflacionario. Pero estas ideas, perfectamente válidas en su marco adecuado, son inaplicables a las actuales circunstancias, que sólo pueden ser tratadas por el método menos familiar que he intentado explicar.

IV. EL ALZA DE PRECIOS

Elevar los precios es política declarada del gobierno británico y también de los representantes del imperio reunidos en Ottawa. ¿Cómo vamos a hacerlo?

A juzgar por algunas declaraciones del canciller del Exchequer, se ha sentido atraído por la idea de elevar los precios de las mercancías mediante la restricción de su oferta. Ahora bien, esto puede ser aprovechado por los productores de un determinado artículo para ponerse de acuerdo a fin de restringir su producción. Igualmente puede aprovecharse por un país determinado, aunque sea a costa del resto del mundo, para restringir la oferta de una mercancía que está en situación de controlar. Incluso puede ser aprovechado, de modo muy ocasional, por el mundo en su conjunto para organizar la restricción de la producción de una determinada mercancía cuya oferta esté seriamente desequilibrada con la oferta de otras cosas. Pero como remedio completo, la restricción es peor que inútil. Para la comunidad en su conjunto, reduce la demanda, destruyendo la renta de los productores afectados, en la misma medida en que ellos reducen la oferta. Lejos de ser un medio para disminuir el paro es, más bien, un método para distribuir de un modo más uniforme el empleo existente, a costa de aumentar algo aquél.

Entonces, ¿cómo vamos a subir los precios? Podemos verlo más claramente si procedemos por medio de una serie de proposiciones fundamentales muy simples.

1. Para las mercancías en su conjunto no puede haber otra manera de subir sus precios más que aumentando el gasto en ellas antes que su oferta llegue al mercado.

2. El gasto sólo puede aumentarse si el público gasta una mayor proporción de las rentas que ya tiene, o si su capacidad de gasto agregado aumenta de alguna otra manera.

3. Hay estrechos límites para aumentar el gasto a partir de las rentas actuales, ahorrando menos o aumentando el gasto personal en capital. Las rentas sufren tantas deducciones en la actualidad y la presión fiscal ha aumentado tanto que mucha gente, en el esfuerzo por mantener su nivel de vida, está ahorrando menos de lo que la sana costumbre individual exigiría. Cualquiera que pueda permitirse gastar más debe ser animado a hacerlo, particularmente si tiene oportunidades de gastar en nuevo capital o en elementos de semicapital. Pero es evadirse de la magnitud del problema creer que podemos solucionarlo de esta manera. Por tanto, se sigue que debemos apuntar al aumento de la capacidad de gasto agregado. Si podemos conseguir esto, en parte servirá para subir los precios y en parte para aumentar el empleo.

4. Dejando a un lado el caso especial de la gente que puede ingresar sus rentas mediante la producción de oro, es en gran medida cierto afirmar que la capacidad de gasto agregado en un país sólo puede elevarse: *a*) aumentando el gasto (financiado vía préstamos) de la comunidad; o *b*) mejorando la balanza exterior de modo que una mayor proporción del gasto corriente se convierta de nuevo en renta en las manos de los productores nacionales. Por medio de las obras públicas, el gobierno laborista en Gran Bretaña —aunque más bien con poco entusiasmo y con el acompañamiento de circunstancias adversas— intentó lo primero. El gobierno nacional ha intentado con éxito lo segundo. Todavía no los hemos intentado ambos a la vez.

5. Pero hay una gran diferencia entre los dos métodos, puesto que sólo el primero es válido para el mundo considerado como un todo. El segundo método significa simplemente que un país está quitando empleo y capacidad de gasto al resto del mundo. Porque cuando un país mejora su balanza exterior, se deduce de esto que empeora la balanza exterior de algún otro país. Así que no podemos aumentar la producción total de esta manera o elevar los precios mundiales, a menos que, como subproducto, sirva para aumentar el gasto (financiado vía préstamos), reforzando la confianza en un centro

financiero como Gran Bretaña y convirtiéndolo así en un prestamista más preparado en el interior y en el extranjero.

La depreciación monetaria y los aranceles fueron armas que Gran Bretaña tuvo en su mano hasta hace poco como medio de protección propia. Llegó un momento en que nos vimos obligados a utilizarlas y nos han servido bien. Pero las depreciaciones monetarias competitivas, los aranceles competitivos y medios más artificiales para mejorar la balanza exterior de un país, tales como restricciones en los cambios, prohibición de importaciones y cuotas, no benefician a nadie y perjudican a todos, si se aplican en todas partes.

Nos quedamos, por tanto, con la conclusión general de que no existen medios efectivos para elevar los precios mundiales, excepto el aumento del gasto (financiado vía préstamos) en todo el mundo. En efecto, fue a través del colapso del gasto financiado con préstamos efectuados por los Estados Unidos, para utilizarlos en el interior y en el extranjero, como principalmente comenzó la depresión.

Un número de remedios populares lo son con motivo, porque tienden a facilitar el gasto financiado vía préstamos. Pero hay varias etapas en el proceso de aumentar dicho gasto; y si se produce un fallo en alguna de ellas no podremos alcanzar nuestro objetivo. Debo pedir al lector, por tanto, que tenga paciencia con un intento adicional de realizar un análisis ordenado.

1. Lo primero que se necesita es que el crédito bancario sea barato y abundante. Esto sólo es posible si cada banco central se libera de la preocupación de sentirse poseedor de las reservas adecuadas de dinero internacional. La pérdida de confianza en la banca tuvo una influencia decisiva en los principales centros financieros, en tanto que elementos esenciales del dinero internacional para aquella finalidad, y ha agravado en gran medida la escasez de reservas. Así se produce la acumulación de una gran proporción del oro mundial en unos pocos bancos centrales. Por otra parte, todos recibimos bien un aumento de la producción de las minas de oro o una reducción de la acumulación estéril de la India, porque la cantidad de dinero en reserva se incrementa de esta manera. La devaluación de las monedas nacionales en términos de oro es otro remedio que pertenece a esta categoría. O, de nuevo, el abandono de las rígidas paridades oro puede ayudar al caso, dado que un banco central que pueda, si es necesario, aliviar una presión permitiendo que los cambios extranjeros se muevan en su contra, estará satisfecho con una reserva más

pequeña de dinero internacional. La disminución de la proporción legal del dinero internacional, que un banco debe mantener en relación con su emisión de billetes, pudiera también ayudar en una menor escala.

Pero esto es sólo la primera etapa. En la primera fase de recuperación no hay mucho gasto (financiado vía préstamos) que pueda financiarse correctamente por medio de crédito bancario a corto plazo. El papel del crédito bancario es financiar el restablecimiento del capital circulante una vez se haya producido definitivamente la recuperación de los negocios. En tiempos ordinarios podíamos confiar en que la primera etapa llevaría automáticamente a las siguientes. Pero no en las condiciones actuales.

2. Debe alcanzarse, por tanto, la segunda etapa, en la que el tipo de interés a largo plazo es bajo para todos los prestatarios en situación razonablemente sólida. Esto requiere una combinación de maniobras del gobierno y del banco central en forma de operaciones de mercado abierto por medio de la banca, de planes de conversión bien calculados por medio del Tesoro y de un restablecimiento de la confianza financiera por medio de una política presupuestaria aceptada por la opinión pública y de otros modos. Es en esta etapa donde existe un cierto dilema; dado que puede ser cierto, por razones psicológicas, que una reducción temporal del gasto (financiado vía préstamos) desempeñe un papel necesario para efectuar la transición a un tipo de interés a largo plazo más bajo. Sin embargo, dado que el objetivo total de la política es promover el gasto (financiado vía préstamos), debemos obviamente ser cuidadosos para no continuar reduciéndolo ni durante un día más de lo que sea preciso.

Unos pocos países han alcanzado la primera etapa. Pero sólo Gran Bretaña ha alcanzado la segunda. Es un gran logro del Tesoro y del Banco de Inglaterra haber llevado a cabo con tanto éxito una transición que Francia y los Estados Unidos, para los que la tarea fue hasta hace poco mucho más fácil, han llevado tan mal.

3. Pero queda una tercera etapa. Porque incluso cuando hemos alcanzado la segunda es improbable que la empresa privada, por su propia iniciativa, acometa nuevos gastos (financiados vía préstamos) en una escala suficiente. La empresa de negocios no se planteará su expansión hasta *después* de que los beneficios hayan empezado a recuperarse. No se requerirá un aumento de capital circulante hasta *después* de que el producto esté aumentando. Además, en las comuni-

dades modernas, una proporción muy amplia de nuestros programas *normales* de gasto (financiado vía préstamos) es acometida por organismos públicos y semipúblicos. El nuevo gasto de este tipo que requieren el comercio y la industria en un año es comparativamente pequeño, aun en los buenos tiempos. La construcción, el transporte y las empresas de servicios públicos son responsables, en todas las épocas, de una proporción muy grande del gasto (financiado vía préstamos) corriente.

Así que el primer paso debe darse por iniciativa de la autoridad pública; y probablemente debe darse en una gran escala y organizarse con determinación, si ha de ser suficiente para romper el círculo vicioso y detener el deterioro progresivo, en el que una empresa tras otra arrojan la esponja y dejan de producir con pérdidas, con la aparentemente vana esperanza de que la perseverancia se verá recompensada.

Algunos cínicos que hayan seguido el argumento hasta aquí pueden llegar a la conclusión de que sólo una guerra puede traer el fin de una depresión importante. Porque hasta ahora la guerra había sido el único objeto del gasto gubernamental en gran escala, financiado con préstamos, que los gobiernos habían considerado respetable. En todos los temas de las épocas de paz son tímidos, hiperprudentes, indiferentes, sin perseverancia ni determinación, pensando en un préstamo como en una responsabilidad y no como en un eslabón en la transformación de los recursos excedentes de la comunidad, que de otra manera se despilfarrarían, en activos de capital útiles.

Espero que su gobierno demostrará que Gran Bretaña puede ser enérgica aun en las tareas de la paz. No sería difícil percatarse de que 100.000 casas son un activo nacional y un millón de parados, un lastre nacional.

4. Con todo, si vamos a subir los precios nacionales, que es nuestro tema, queda todavía una cuarta etapa. El gasto financiado vía préstamos debe difundir su benéfica influencia por todo el mundo. Cómo conseguir esto será el objeto del siguiente capítulo.

V. UNA PROPUESTA PARA LA CONFERENCIA ECONÓMICA MUNDIAL

Hemos llegado a la conclusión de que no hay medios para elevar los precios mundiales, excepto a través de un aumento del gasto (financiado vía préstamos) en todo el mundo. Sugiero que el modo

de conseguir esto debiera constituir el tema central de la Conferencia Económica Mundial. Creo que sólo hay tres líneas posibles con base en las cuales podemos prestar asistencia.

1. El primer medio, y tal vez el más evidente, es el de los préstamos exteriores directos, del estilo al que hemos estado acostumbrados en el pasado, de los países financieramente fuertes, que tienen una balanza exterior favorable o reservas abundantes de oro, a los países deudores más débiles.

Puede estar llegando el tiempo de una vuelta a esta política tradicional, así que se presente la oportunidad. Pero sería quimérico suponer que tales préstamos exteriores pueden tener un papel importante, hoy, para producir la recuperación. Los países que están mejor preparados para hacerlo son probablemente los que menos lo harán. Tampoco es razonable esperar que los inversionistas privados asuman nuevos riesgos de esta clase, cuando han ido tan mal los que ya han asumido con anterioridad.

2. El segundo medio, más prometedor, es para los países financieramente más fuertes aumentar el gasto (financiado vía préstamos) *en el interior*, sobre las líneas recomendadas en el capítulo II. Porque tal gasto será dos veces bendito. En la medida en que determina una corriente de gasto en bienes producidos en el interior, las repercusiones favorables del gasto inicial de este tipo sobre el empleo se multiplicarán. En la medida en que esto conduce al gasto en bienes importados, producirá repercusiones favorables semejantes en el extranjero y reforzará la posición de los países a los que podemos comprar, para efectuar compras recíprocas y también para aumentar su propio gasto (financiado vía préstamos). La cosa habrá empezado.

Sin embargo, puede ser mejor utilizar nuestros recursos disponibles para financiar las importaciones adicionales que es probable que estimule una política valiente de gasto en el interior, más que para hacer préstamos al extranjero. Esto beneficiará igualmente al mundo exterior y será mucho más saludable que aumentar el endeudamiento internacional.

3. Con todo, una vez más parece obvio que hasta aquí estamos discutiendo remedios cuyo efecto cuantitativo sobre el problema de elevar los precios mundiales es irremisiblemente desproporcionado. No veo ninguna perspectiva plausible de un aumento suficiente de los precios mundiales dentro de un tiempo razonable, excepto como resultado de un sustancial, y más o menos simultáneo, alivio de la

presión fiscal y de un aumento del gasto (financiado vía préstamos) en muchos países. Debemos conceder gran importancia a la *simultaneidad* del movimiento hacia el aumento del gasto. Porque la presión sobre su balanza exterior, que cada país teme como resultado de aumentar su propio gasto, desaparecerá si otros países están persiguiendo la misma política al mismo tiempo. La acción aislada puede ser imprudente. La acción general no ofrece ningún tipo de peligros.

Ahora hemos adelantado una etapa adicional en nuestro argumento. Hemos llegado al punto en que la acción internacional combinada pertenece a la esencia de la política. Es decir, hemos alcanzado el campo y la finalidad de la Conferencia Económica Mundial. La tarea de esta Conferencia, tal como la veo, consiste en idear alguna clase de acción conjunta para aliviar las preocupaciones de los bancos centrales y reducir la presión sobre sus reservas, o el temor y la expectativa de presión. Esto capacitaría a muchos más países para alcanzar la primera de las etapas que he distinguido en el capítulo IV, la etapa en la que el crédito bancario es barato y abundante. Por medio de la acción internacional no podemos hacer beber a los caballos. Ese es su problema. Pero podemos proporcionarles agua. Reanimar el mundo seco a través de la liberación de un millón de arroyuelos de capacidad de gasto es la tarea primaria de la Conferencia Mundial.

Porque si la Conferencia se ocupara de piadosas resoluciones relativas a la reducción de aranceles, cuotas y restricciones del cambio, sería una pérdida de tiempo. En la medida en que estas cosas no son la expresión de políticas deliberadas, nacionales o imperiales, se han adoptado con repugnancia, como un medio de autoprotección, y son síntomas, no causas, de la presión sobre los cambios exteriores. El corazón de las conferencias ama aprobar piadosas resoluciones deplorando síntomas, mientras dejan la enfermedad sin tocar. El gobierno británico debe asumir el papel de convertir esta próxima Conferencia en una realidad, mediante propuestas concretas que vayan a la raíz de la enfermedad.

Deben cumplirse ciertos preliminares antes de que los remedios positivos tengan oportunidad de actuar. Todos coincidimos en que el acuerdo sobre deudas de guerra y reparaciones es, antes que nada, indispensable. Porque esto es de primera importancia en la creación de un clima de temor o de una presión aguda sobre los cambios extranjeros. Pero, ¿tenemos un plan de acción positivo con el que

aprovechar sin vacilaciones la oportunidad que representaría la solución de estos temas?

Ningún remedio puede ser más eficaz que el que alivie las preocupaciones de las tesorerías y de los bancos centrales en todo el mundo, proporcionándoles unas reservas de dinero internacional más adecuadas. Hay una variedad considerable de planes que pueden idearse con este fin a la vista, entre los cuales existe una semejanza íntima y familiar. Después de mucha discusión en privado y tomando prestadas ideas de otros, estoy convencido de que el plan que sigue es el mejor. Si otras variantes recibieran un mayor apoyo sería una razón para preferirlas.

Hay ciertas condiciones que cualquier plan para aumentar las reservas de dinero internacional debiera satisfacer. En primer lugar, las reservas adicionales debieran basarse en el oro. Porque mientras el oro está dejando de ser rápidamente moneda nacional, se está convirtiendo, aún más exclusivamente que antes, en la moneda internacional más comúnmente mantenida en reserva y utilizada para hacer frente a un drenaje exterior. En segundo lugar, no debiera tener un carácter de limosna, sino que debiera estar disponible, no sólo para los excepcionalmente necesitados, sino para todos los países participantes, de acuerdo con una fórmula general. En efecto, hoy quedan pocos países, si es que queda alguno, que estén tan libres por completo de preocupaciones que no hayan de recibir con agrado algún refuerzo de su posición. En tercer lugar, debiera haber una elasticidad en la cantidad de reservas excepcionales adicionales, de manera que pudieran operar, no como una adición permanente neta a la oferta monetaria mundial, sino como un factor equilibrador para ser liberado cuando los precios fueran anormalmente bajos como en la actualidad, y retirado de nuevo cuando los precios estuvieran subiendo demasiado. Estas condiciones pueden satisfacerse como sigue:

a) Debiera instituirse una autoridad internacional para la emisión de billetes con cobertura oro, cuyo valor facial se expresaría en términos del contenido de oro del dólar norteamericano.

b) Estos billetes podrían emitirse hasta un máximo de 5.000 millones de dólares y obtenerse por los países participantes contra un valor facial igual de los bonos-oro de sus gobiernos, hasta una cuota máxima para cada país.

c) La cuota proporcional de cada país debiera basarse en alguna fórmula tal como la cantidad de oro que mantuviera en reserva en

alguna determinada fecha reciente, por ejemplo, al final de 1928; suponiendo que ninguna cuota individual debería exceder de 450 millones de dólares y que el comité de gobierno habría de tener poder para modificar la rigidez de esta fórmula cuando pudieran existir razones especiales para no sujetarse estrictamente a la misma. (Podría ser necesaria alguna provisión, por ejemplo para los países que utilizan la plata.) El efecto de esta fórmula sería que la cuota de cada país añadiría a sus reservas una cantidad aproximadamente igual al oro que mantuviera en 1928, sujeta al máximo antes estipulado. La asignación detallada para cada país se da en un apéndice a este capítulo.

d) Cada gobierno participante debería encargarse de aprobar la legislación que estableciese que estos billetes-oro se aceptarían como equivalente del oro, con la salvedad de que no entrarían en la circulación activa, sino que serían conservados por las tesorerías, los bancos centrales o en las reservas correspondientes a las emisiones de billetes nacionales.

e) El comité de gobierno de la institución sería elegido por los gobiernos participantes, que serían libres de delegar sus poderes a sus bancos centrales, cada uno de ellos con un peso, en las votaciones, proporcionado a su cuota.

f) Lo bonos-oro rendirían un tipo de interés, nominal o muy bajo en un primer momento, que podría ser modificado de vez en cuando por el comité de gobierno, sujeto al punto *h*) siguiente. Serían reembolsables en cualquier momento por el gobierno responsable de los mismos, o por notificación efectuada por el comité de gobierno, sujeto al punto *h*) siguiente.

g) El interés, después de atender los gastos, sería retenido en oro como un fondo de garantía. Además, cada gobierno participante garantizaría cualquier pérdida definitiva, a causa de impago, en proporción al importe de su cuota máxima.

h) El comité de gobierno procuraría utilizar sus poderes discrecionales para modificar el volumen de la emisión de billetes o el tipo de interés de los bonos, sólo con vistas a evitar, en la medida posible, un aumento del nivel de precios oro de los principales productos que entran en el comercio internacional, por encima de alguna norma que se acordase entre el nivel actual y el de 1928; podría ser, por ejemplo, el nivel de 1930.

APÉNDICE

De acuerdo con la fórmula de la página 358, para distribuir los 5.000 millones de dólares de billetes-oro, en proporción al oro mantenido en reserva por cada país al final de 1928, con sujeción a un máximo de 450 millones de dólares para cualquier país, la asignación sería como sigue:

Siete países (Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Alemania, España, Argentina y Japón) podrían calificarse para el máximo de 450 millones de dólares cada uno

	(Millones de dólares)		(Millones de dólares)
Italia	266	Hungría	35
Holanda	175	Checoslovaquia	34
Brasil	149	Rumania	30
Bélgica	126	Austria	24
India	124	Colombia	24
Canadá	114	Perú	20
Australia	108	Yugoslavia	18
Suiza	103	Egipto	18
Polonia	70	Bulgaria	10
Uruguay	68	Portugal	9
Java	68	Finlandia	8
Suecia	63	Grecia	7
Dinamarca	46	Chile	7
Noruega	39	Letonia	5
Sudáfrica	39	Lituania	3
Nueva Zelanda	35	Estonia	2

Ningún país se vería perjudicado por la elección de esta fecha en particular, excepto Chile, cuyo caso podría merecer una consideración especial y, en menor medida, Grecia y Canadá. Si tuviéramos que tomar la cifra *más alta* mantenida al final de cualquier año, de 1925 a 1928, los únicos cambios respecto del total anterior serían los siguientes:

	1928	Más alto de 1925 a 1928
	(Millones de dólares)	
Dinamarca	46	56
Grecia	7	10
Holanda	175	178
Canadá	114	158
Chile	7	34
Nueva Zelanda	35	38
Java	68	79
Sudáfrica	39	44

VI. LA EMISIÓN INTERNACIONAL DE BILLETES Y EL PATRÓN ORO

En el último capítulo he propuesto la creación de una emisión internacional de billetes, diseñada para aliviar las preocupaciones de los bancos centrales del mundo, a fin de que tengan sus manos libres para financiar el gasto y de esta manera elevar los precios y restablecer el empleo. La necesidad de esta política es una consecuencia de la conclusión, que he reiterado con énfasis, de que no existe otro modo de elevar los precios mundiales más que mediante el aumento del gasto financiado vía préstamos. Pero vale la pena que intente completar con algunos detalles adicionales esta propuesta que está lejos de ser efectiva.

Si se adoptase, representaría una buena oportunidad, en caso de que se lograra el acuerdo suficiente, para asegurar las promesas de que la asistencia proporcionada de este modo se emplearía, en primer lugar, para suprimir ciertas prácticas internacionales incorrectas, que han venido a ser comunes bajo la presión de circunstancias difíciles. Deberían abolirse las restricciones al intercambio. El bloqueo de acuerdos y la inmovilización de balanzas exteriores deberían ser sustituidos por planes definitivos para una liquidación gradual. Deberían eliminarse los aranceles y las cuotas impuestas para proteger la balanza exterior, y no para perseguir políticas nacionales permanentes. Los centros financieros más fuertes deberían volver a abrir sus mercados monetarios a los préstamos extranjeros. Debería terminarse con la morosidad de las deudas públicas mantenidas en el extranjero, con la ayuda del aplazamiento de los fondos de amortiza-

ción y alguna anotación de interés o principal, basada tal vez en un número índice de precios, donde la incapacidad, aun en las nuevas circunstancias, quede demostrada a satisfacción de un cuerpo independiente de expertos. Según mi criterio, debería negarse la participación en el plan a cualquier país que estuviera actuando en contra de los acuerdos y obligaciones internacionales.

Con sujeción a estas condiciones externas, sería aconsejable dejar a cada participante un margen discrecional sin trabas para que decidiese la mejor manera de utilizar su cuota. Porque existe una gran variedad de necesidades entre los diferentes países. Algunos tendrían que descargarse de la presión de obligaciones exteriores; otros tendrían que restablecer su equilibrio presupuestario; otros tendrían que restablecer el crédito comercial; algunos tendrían que elaborar planes de conversión; otros tendrían que organizar planes de desarrollo nacional; y así sucesivamente. Pero todos los usos semejantes operarían en la dirección deseada.

Queda, sin embargo, una condición esencial, que todavía no he tocado. Los billetes tendrían que ser billetes-oro y los participantes tendrían que ponerse de acuerdo para aceptarlos como equivalente del oro. Esto implica que las monedas nacionales de los participantes deberían estar en alguna relación definida con el oro. Es decir, esto supone una vuelta cualificada al patrón oro.

Puede parecer raro que yo, que últimamente he descrito al oro como «una reliquia bárbara», tenga que ser descubierto como un defensor de semejante política, en un momento en el que las autoridades ortodoxas de este país están poniendo las condiciones para nuestra vuelta al oro, condiciones que ellos deben saber que es imposible cumplir. Puede ser que, no habiendo amado nunca el oro, no esté tan expuesto a la desilusión. Pero, principalmente, es porque creo que el oro ha recibido tanto que ahora podrían establecerse las condiciones para su gestión futura, que de otra manera no se habrían aceptado. De cualquier modo, mi defensa está sujeta a las cualificaciones que siguen.

Sería condición necesaria para la adopción de la propuesta emisión internacional de billetes que cada país participante adoptase *de facto* una paridad entre el oro y su moneda nacional, con los puntos de compra y venta para el oro separados no más de un 5 por 100. Con el incremento de la oferta de oro y su equivalente llevado a la existencia por la nueva emisión de billetes, un tal compromiso

por parte de cada país sería, a mi juicio, sano y aconsejable. La paridad *de facto* podría alterarse, si fuera necesario, de vez en cuando, si las circunstancias lo requiriesen, como el tipo de interés bancario, aunque cabría esperar que ello se realizase en pequeños grados. Una paridad invariable sería insensata, hasta que conociéramos mucho mejor el curso futuro de los precios internacionales y el éxito del comité de la nueva autoridad internacional en influir sobre dicho curso; además, sería deseable mantener permanentemente algún poder de ajuste gradual entre las condiciones nacionales e internacionales. Además el comité de gobierno debería tener algún poder discrecional para hacer frente a emergencias y casos excepcionales. El margen del 5 por 100 entre los puntos del oro sería esencial, a la luz de la reciente experiencia, como un freno y una protección contra los movimientos salvajes de los fondos líquidos de un centro internacional a otro, y para permitir una independencia razonable del tipo de interés bancario y de la política crediticia, de acuerdo con las diferentes circunstancias nacionales; aunque nada impediría que un banco central mantuviera el oro equivalente a su moneda nacional dentro de límites más estrechos que en la práctica normal.

Con estas garantías preventivas habría mucho que ganar y poco que perder de la mayor estabilidad de los intercambios exteriores que se conseguiría. Las fluctuaciones del cambio no pueden tener otro objeto que compensar cambios no deseados en el nivel internacional de precios u, ocasionalmente, realizar un ajuste, con el mínimo de fricción, a las especiales condiciones nacionales, temporales o permanentes; y no debería permitirse que se produjesen por cualquier otra razón.

Creo que puede considerarse como una ventaja incidental considerable del plan que aquí se establece el hecho de que cumpliría la condición impuesta por nuestras autoridades incluso para una vuelta cualificada al oro por parte de este país, es decir, que debe existir una distribución más equitativa de las reservas mundiales de oro. En efecto, no puedo imaginar otra vía por la que pueda satisfacerse esta condición dentro de un tiempo razonable. Porque si esto quiere decir que el Banco de Francia y el Sistema de la Reserva Federal de los Estados Unidos tienen que compartir sus reservas de oro con los países indigentes del mundo, esto se encuentra muy lejos —hoy más que nunca— de cualquier cosa que pueda suceder. Igualmente, si quiere decir que estos países han de prestar al extranjero sumas tan

grandes para su balanza exterior como para llevarles a un pesado drenaje de oro, esto es lo que tampoco ninguna persona razonable esperaría. Además, en las condiciones actuales, con el empleo de los saldos exteriores como moneda de reserva hasta su completo agotamiento, y después de las experiencias de los centros financieros más fuertes del mundo de la escala en que los saldos pueden tender a moverse, no es simplemente una cuestión de mala distribución del oro. Necesitamos una cantidad absoluta mucho mayor de moneda de reserva para respaldar un nivel dado de precios mundiales que la que se necesitaba antes de las recientes conmociones en el crédito internacional. Puede que esto no sea una exigencia permanente. Pero hoy existe y debe ser satisfecha antes de que podamos esperar esa tranquilidad mental y la ausencia de preocupación por parte de los bancos centrales que es una condición para que libremente promuevan el aumento del gasto financiado con préstamos, sin el cual no pueden subir los precios mundiales. Por tanto, algún plan semejante al que he propuesto se ha convertido en una condición indispensable de la recuperación mundial. Es inútil el jarabe de pico ante la necesidad de elevar los precios mundiales, si descuidamos las únicas medidas que pueden producir ese resultado.

La alternativa, a veces sugerida, de una devaluación simultánea de todas las monedas nacionales en términos de oro, aunque ofrece algunas ventajas, tiene el gran defecto de que sólo reforzaría la posición de los países que ya mantienen grandes reservas de oro y son, por tanto, relativamente fuertes.

VII. CONCLUSIÓN

He intentado cubrir un amplio campo en pocas palabras. Pero mi tema ha sido esencialmente simple y espero, por tanto, haber sido capaz de hacerlo llegar al lector.

Muchas propuestas ahora corrientes son sustancialmente similares en la intención a las propuestas de este opúsculo. Algunas tratan una parte del campo; otras tratan otra. Necesitaremos más de una, si nuestra acción tiene que ser adecuada al problema. Después de hacer todas las concesiones debidas para que los factores que llevaron al paro a un gran número de hombres conozcan tiempos mejores, Gran Bretaña tiene la tarea de poner al menos un millón de hombres

de nuevo a trabajar. Sobre la cifra de 150 libras de gasto primario para dar empleo a un hombre durante un año, que he adoptado antes como hipótesis de trabajo, necesitaríamos un aumento del gasto (financiado vía préstamos) más un aumento de la balanza exterior, que sumaran en conjunto 150 millones de libras.¹² No podemos confiar en mucha ayuda adicional de la balanza exterior para alcanzar este total, hasta después de que se haya producido la recuperación mundial. Así que sería prudente suponer que tenemos una necesidad urgente de añadir al menos 100 millones de libras a nuestro gasto primario anual del aumento del gasto (financiado vía préstamos) en el interior.

Esta es una cifra formidable, pero no imposible de alcanzar. Al menos 50 millones de libras podrían razonablemente proceder de un alivio de la presión fiscal, como resultado de suspender el Fondo de Amortización y tomar en préstamo para atender finalidades adecuadas; aunque esto no llevaría a un aumento del gasto primario del orden de 50 millones de libras. Sobre esta base, un gasto (financiado vía préstamos) adicional de, digamos, 60 millones de libras a través de la empresa privada, subvencionada y no subvencionada, autoridades locales, consejos públicos y gobierno central, sería un paso sustancial hacia el restablecimiento del empleo.

Creo que estamos excesivamente desanimados para desarrollar el potencial de acción fructífera que se encierra a lo largo de estas líneas, porque el efecto de los esfuerzos previos ha sido enmascarado por influencias compensadoras. Es muy importante comprender que los efectos del gasto financiado vía préstamos y del equilibrio exterior están *in pari materia*. Así, fue el rápido declive del saldo exterior, de 75 millones de libras en 1930 y de 207 millones de libras en 1931, comparados con 1929,¹³ lo que hizo fracasar el intento del gobierno laborista por aumentar el empleo por medio del gasto financiado vía préstamos; siendo mucho menor el gasto adicional de aquel tipo

12. En la edición inglesa figura aquí una frase adicional: «Si tomamos la cifra más optimista de 100 libras por hombre, que yo mismo estoy dispuesto a aceptar, el gasto primario requerido será de 100 millones de libras por año».

13. [Estas cifras son las estimaciones del Ministerio de Comercio, con la excepción de la que corresponde al pago de la deuda norteamericana en 1932, que se efectuó en oro. Por mi parte, creo que en todos estos años las cifras absolutas pueden haber sido unos 25 millones de libras, más bien que las que admite el ministerio. Pero esto no afectaría a las cifras comparativas que se han dado antes.]

del que fueron responsables. Pero nuevamente la mejora del saldo exterior en 1932, de 74 millones de libras comparado con 1931, no ha producido aumento del empleo, porque se ha visto compensada por las drásticas medidas del gobierno nacional para reducir el gasto financiado vía préstamos. ¡El cielo sabe a qué situación podría haber-nos llevado una combinación de la política del gobierno laborista de no hacer nada para proteger la balanza exterior con la política del gobierno nacional de recortar el gasto financiado vía préstamos! Las pérdidas de los negocios habrían ascendido a una cifra comparable a la de los Estados Unidos,¹⁴ arruinando nuestros ferrocarriles y llevando la industria del país virtualmente a un colapso. Por otra parte, Gran Bretaña no ha ensayado todavía la otra combinación, la política de proteger la balanza exterior y al mismo tiempo hacer todo cuanto pueda para estimular el gasto financiado vía préstamos.

Pido, por tanto, que se pruebe esta combinación no ensayada todavía en nuestra política interior; y que en la Conferencia Económica Mundial nuestros representantes defiendan una expansión del dinero de reserva internacional sobre las líneas generales propuestas más arriba.

Porque hemos llegado a un punto crítico. En cierto sentido es verdad que se está levantando la niebla. Podemos, al menos, ver claramente el abismo al que nos lleva la senda actual. Pocos de nosotros dudan que sin tardar mucho más debemos encontrar un medio efectivo para aumentar los precios mundiales; o hemos de esperar la ruina progresiva de la estructura existente de contratos e instrumentos de endeudamiento, acompañada del más completo descrédito del liderazgo ortodoxo en las finanzas y en el gobierno, con lo que no podemos predecir el resultado final.

Las autoridades en el poder se han pronunciado en favor de la elevación de los precios mundiales. Por tanto, les incumbe a ellas tener alguna política positiva dirigida a este fin. Si tienen una, no sabemos cuál es. He indicado algunas de las condiciones fundamentales que su política debe satisfacer si ha de tener éxito y he sugerido un plan que podría ser capaz de satisfacer estas condiciones.

14. [Yo atribuiría la apurada situación de los Estados Unidos, en gran medida, al efecto combinado del hecho de que en su caso el subsidio de paro no se financia por medio de préstamos, como sucedía en este país antes de 1932, y no se utilizan los medios para mejorar la balanza exterior que nosotros empleamos después de septiembre de 1931.]

2. CÓMO PAGAR LA GUERRA (1940)

Cómo pagar la guerra se desarrolló a partir de dos largos artículos que Keynes escribió para *The Times*, y que aparecieron los días 14 y 15 de noviembre de 1939. Provocaron una voluminosa correspondencia y Keynes amplió sus ideas en un pequeño libro publicado en febrero de 1940. Los artículos originales se encuentran en el volumen XXII de *The Collected Writings* de Keynes.

Cómo pagar la guerra se escribió tan deprisa y en las confusas condiciones de la época, que se deslizaron en el texto muchos pequeños errores. En la medida en que ha sido posible se han corregido, en primer lugar a partir de listas de errores halladas en los papeles de Keynes.

Hermanos, amigos, conciudadanos y compañeros:

Lo que ahora voy a deciros es, después de vuestras obligaciones para con Dios y del cuidado de vuestra salvación, de la mayor importancia para vosotros y para vuestros hijos; vuestro *pan y vestido*, y todas las cosas necesarias para la vida dependen enteramente de ello. Por lo tanto, os exhorto encarecidamente como *hombres*, como *cristianos*, como *padres* y como *amantes de vuestro país*, a leer este documento con la mayor atención, o a que hagáis que otros os lo lean; y para que podáis hacerlo con el menor gasto, he ordenado al impresor que lo venda al precio más bajo.

Es un gran defecto entre vosotros, que cuando una persona escribe sin ninguna otra intención que *haceros el bien, no os tomáis la molestia de leer sus consejos*: una copia de este documento puede servir para una docena de vosotros, con lo que resultará a menos de un cuarto de penique cada uno. Es una locura por vuestra parte que no tengáis un interés común o general en vuestra opinión, ni siquiera los más sabios de entre vosotros, ni sepáis ni tratéis de averiguar quiénes son vuestros amigos o quiénes son vuestros enemigos.

(De *The Drapier's First Letter*, 1724)